

TRATADO
DE
ECONOMÍA DOMÉSTICA

POR EL RVMO. P. MAESTRO

FRAY BENITO JERÓNIMO FELIÚO Y MONTENEGRO

CON UN PROLOGO ESCRITO

POR EL

Br. D. JOSÉ PILAR CASTILLO.

OBRA DE SUMA IMPORTANCIA PARA LAS FAMILIAS.



MÉRIDA DE YUCATÁN

EN LA "LIBRERÍA MERCANTIL" DE IGNACIO L. MENA.

1896

5.12355
A. 15188

Top 14-76

TRATADO
DE
ECONOMÍA DOMÉSTICA

POR EL RVMO. P. MAESTRO

FRAY BENITO GERÓNIMO FELJÓO Y MONTENEGRO

CON UN PROLOGO ESCRITO

POR EL

Er. D. JOSE PILAR CASTILLO.

OBRA DE SUMA IMPORTANCIA PARA LAS FAMILIAS.



MÉRIDA DE YUCATÁN

"IMPRESA MERCANTIL" DE IGNACIO L. MENA.

1896

CONTENIDO

1. INTRODUCCION

2. HISTORIA

3. ORGANIZACION

4. SERVICIOS

5. BIBLIOTECA

6. CONCLUSIONES

7. REFERENCIAS

8. ANEXOS

9. GLOSARIO

10. INDICE



AL PÚBLICO.

ENTRE las muchas obras elementales de este género que han llegado á nuestras manos, merece particular atención la que hoy publicamos, por ser uno de los florones más gloriosos que ornán las sienes de su inmortal autor.

En tal virtud, cábenos la más cumplida satisfacción de presentar al público una obra acabada de economía doméstica, cosa por cierto rara (y es forzoso decirlo) en las que hasta aquí hemos visto; y sin añadir un lauro más á su inmarcesible corona, decimos lo que sigue :

«El autor del *Teatro Crítico Universal*, genio fecundo que se cierne en esta obra, es, á no dudarlo, el apóstol de doctrinas sanas, como lo confirman los más eminentes escritores.»

Y para persuadirse de esta aserción, basta leer atentamente sus luminosas páginas : en ellas se verán las más levantadas ideas en el orden económico, y el autor, adelan-

tándose á su siglo, y apartándose de la frivolidad, por desgracia muy común en todos los tiempos, se pasea por las regiones de una sabia ideología.

Y como todos los clásicos que derraman en sus obras los gérmenes fecundos que producirán luégo sabrosos y abundantes frutos, del mismo modo en el fértil campo que hoy proponemos, habrá de recogerse en lo porvenir, si se cultiva con esmero, la verdadera cosecha de un bienestar.

Está por demás decir que, como obra didáctica, puede adoptarse y servir de texto en los establecimientos de enseñanza: ¡el solo nombre de su autor la recomienda!

Ahora, confiando en el buen criterio del ilustrado lector, que sabrá apreciar esta perla escogida de belleza literaria, deseamos que sus saludables principios aprovechen á las familias, procurando inculcar estos útiles conocimientos en los tiernos ánimos de sus niños, á quienes la Providencia tuvo á bien encargarles.

JOSÉ PILAR CASTILLO.

EGONOMÍA DOMÉSTICA.



CUIDADOS QUE DEBEN CONSAGRARSE Á LA INFANCIA.

SI LA MAYOR PARTE de los hombres á quienes la suerte ha colocado en una condición mediana no gozan del bienestar que su situación y sus recursos les permiten, es porque no saben sacar el mejor partido posible de lo poco de que disponen. Este tiene una habitación insalubre é incómoda, cuando con poco gasto, y hasta con sus propias manos, podría hacerla sana y mejorar su distribución. Aquel come muy mal, porque su ama de gobierno ignora el modo más ventajoso de emplear los comestibles que se ha procurado ó que encuentra en casa. Eso otro va mal vestido, porque no ha sabido hacer una juiciosa elección de las telas destinadas para sus trajes, ó porque ha sido mal ideada su confección y mal ejecutada. Otro, en fin, que es posesor de algunas áeras de tierra, las cultiva sin inteligencia y no obtiene más que una débil parte de lo que debieran producir. Por último, y esto es muy frecuente, por falta de orden, de cuidados y de economías bien entendidas, se ven echarse á perder en sus manos los objetos de consumo, desbaratarse las combinaciones, y desaparecer, sin provecho para ellos ni para otros, el fruto de sus trabajos.

Por lo tanto, todos los que no habeis sido favorecidos por la fortuna ó que sólo disponeis de escasos recursos, escuchad mis consejos, destinados, no á enseñaros á ser ricos, sino á deciros el modo de sacar el mejor partido posible de los medios que la Providencia ha puesto á vuestra disposición, ya provengan de vuestro trabajo, ya de vuestro modesto patrimonio. Por lo mismo, aquí se tratará menos de los medios de adquirir nuevos bienes, que de conservar y de hacer un uso juicioso de los que se posean ya. La economía bien entendida es un medio muy poderoso para aumentar los haberes y la única fuente de muchas fortunas. Una economía de dos reales por día parece muy poca cosa; se la desdenea; pero el que así lo hace ¿se ha dado cuenta de lo que puede producir al cabo de un año, de dos, de cinco ó de diez? En cinco años, 3,000 reales; en diez 6,000, y eso que no cuento más que sobre 600 reales por año, esto es, sobre trescientos días de trabajo, á causa de los domingos y demás fiestas. ¡Cuántas personas podrían economizar una cantidad semejante sin incomodarse! Después de diez años la suma quedaría aumentada casi en dos tercios sin ningún esfuerzo nuevo, por la sola renta de este pequeño capital, que desde entonces se iría aumentando con mucha más rapidez. Si esta economía de dos reales diarios es el resultado del mejor gobierno de vuestra casa, la hareis sin experimentar la más mínima privación. ¿No causa, por otra parte, una viva satisfacción el ver cómo un pequeño tesoro, tan dignamente adquirido, se va aumentando

de día en día? el loable deseo de aumentarlo estimulará vuestro ardor por el trabajo, vuestro gusto por el orden y la economía; vuestras costumbres ganarán en ello, y vuestra dicha doméstica encontrará en este cambio felices garantías de duración. Así tendréis una existencia más arreglada, costumbres más puras, una dicha más estable, una vida tranquila é independiente en vuestros últimos días, tal será, como espero, el fruto de los consejos que voy á consignar á continuación.

En general, por la buena disposición y arreglo de una casa, se juzga del mérito de la que la gobierna: debe decirse también que esta buena disposición es una garantía de prosperidad, porque cumpliendo con sus santos deberes en toda su extensión dá un continuo y poderoso ejemplo al jefe de la familia. Sería necesario que éste fuera muy insensato para no secundar con todos sus esfuerzos los de la mujer á la que debe apoyo, protección, existencia; y si, por desgracia, pudiera olvidar un momento lo que debe á su familia, el buen gobierno de la casa y el bienestar que encontraría en ella, tal vez sin darse cuenta de él, le recordarian sus deberes mejor que todas las reprensiones. Si, por el contrario, al entrar en su casa, encuentra que reina en ella la suciedad, el desorden y el despilfarro, por poco que le distraigan sus gustos ó sus amigos, se apartará de un lugar tan desagradable. Aun cuando el padre de familia fuese laborioso, arreglado, económico y fiel á sus deberes, ¿cómo se-

ría posible que prosperara la familia si su mujer no sabe hacer un juicioso uso del fruto de su trabajo, si no sabe utilizar todos aquellos secretos de las mujeres para hacer agradable la existencia de aquel á quien se deben enteramente, y hacerle su persona y su casa más agradables que todo lo que pueda encontrar fuera?

Persuádanse las jóvenes de que las desavenencias y disputas que tan á menudo desunen desde un principio algunos matrimonios, por otra parte bien proporcionados, son frecuentemente el resultado del olvido ó de la ignorancia de los deberes de una buena ama de casa; en fin, si existen estas desavenencias á pesar del cumplimiento de estos deberes ¿no será un poderoso consuelo para la pobre abandonada, el tener la convicción de haber llenado cumplidamente su tarea?

¿No es el esposo el que debe dar á la que Dios y la ley han colocado bajo su protección el ejemplo de la regularidad de costumbres, de la actividad, del trabajo y del orden en los negocios grandes y pequeños? ¿No debe recibir de él la joven esposa los consejos que su juventud y su ignorancia le hacen necesarios? De esta feliz unión de esfuerzos debe resultar la dicha íntima, mientras que la negligencia de los primeros deberes, no menos que otros más graves descarríos, lleva consigo muchas veces la ruina y la desolación de una familia.

La urbanidad, los miramientos y el buen modo de proceder son también un medio poderoso de conservar la paz y la unión en un buen matrimonio; es un

error el creer que deben ser desdeñadas estas exterioridades: raras veces se suscitan disputas en una familia en la que cada una de las personas que la componen se circunscribe en los límites de la urbanidad, que es la señora de la civilización. «Tratad á vuestra mujer con miramiento, dijo Franklin, y sereis tratado del mismo modo, no solo por ella, sino por todos aquellos que sean testigos de vuestra conducta. No useis jamás delante de ella ni con ella palabras picautes, ni aun por broma; los sarcasmos degeneran muy á menudo en querellas.» Haciendo constantes esfuerzos para separar de los labios las expresiones groseras, para dejar las maneras bruscas y ásperas, se verán desaparecer muy pronto aquellas disputillas que turbaban la existencia, y la urbanidad será de este modo un poderoso auxiliar de la felicidad de cada día.

DE LOS DEBERES, DE LAS LABORES Y DE LOS PLACERES PECULIARES DE UNA AMA DE CASA.

El orden de una familia depende casi enteramente del ama de casa: por lo tanto, ella es la que debe dar el ejemplo. Debe madrugar en toda estación, y sobre todo en verano, en cuyo tiempo puede sacar un gran partido de las mañanas: si tiene hijos, debe levantarse siempre bastante temprano para poder atender á todos los cuidados que exige la familia antes de que se despierte. Si es madrugadora, sus criados lo serán también, y por consiguiente podrá obte-

ner de ellos más trabajo; mientras que, si es perezosa, sus criados no dejarán de imitarla y no se presentarán hasta tanto que tengan la certidumbre de ser vigilados; y, si alguna vez se levantan antes de aquel momento, será para hacer alguna cosa á escondidas, ó para trabajar por su cuenta. Si el ama de casa no tiene más brazos que los suyos, ¡ cuánta no será la ventaja que encuentre en desempeñar una parte de sus quehaceres antes de verse rodeada de su familia, que exige de ella cuidados constantes ! Añadiré á lo dicho que la costumbre de levantarse temprano es favorable á la salud y muy preferible á la de velar, aunque ordinariamente se practique lo contrario. En fin, para el buen arreglo de una casa, nada puede reemplazar el empleo juicioso de una mañana. El ama debe hacer una distribución regular de su tiempo, porque de este modo podrá sacar de él todo el partido posible.

El amo de la casa debe secundar á su mujer en ciertos cuidados interiores; por poco industrioso que sea consagrará sus momentos de ocio á una multitud de trabajos sencillos que, siendo hechos por sus manos, no costarán más que el precio de los materiales. Podrá además y con poco gasto, adornar su casa y hacerla cómoda; porque, si es verdad que hay muchas cosas que atañen esclusivamente á las mujeres, hay también otras muchas de las cuales se vería privada la mujer si el marido no tratara de procurárselas por sí mismo.

Uno de los primeros talentos que debe poseer una ama de casa, es el de manejar la aguja con habilidad,

no solo para ejercer en caso de necesidad el oficio que exige su uso, sino particularmente para conservar la ropa blanca y los vestidos de la familia, debiendo además ser bastante hábil para poder componer una gran parte de ellos. ¡ Cuántas mujeres no he visto, de una fortuna no muy grande, emplear su tiempo y sus dedos en labores de aguja poco provechosas, mientras que tomaban costureras caramente pagadas para arreglar sus vestidos, los de sus hijos y los de su marido! ¿ Y creéis que estas costureras, aun cuando no ganaran un gran jornal, economizarían las telas que se les confiaran, como podría hacerlo una buena ama de casa? ¿ Creéis que pueden tener el mismo celo, la misma actividad que el ama de familia que comprende el valor del tiempo? Por lo tanto, es sumamente ventajoso que una mujer se acostumbre á hacer por si misma la mayor parte de los trabajos de aguja de su casa. Y aun cuando las circunstancias se opongan á ello, no perderá nada, porque así será mucho más apta para vigilar los trabajos que mande hacer. Ejercitarse por lo mismo en esta clase de trabajo, y acostumbre á él á sus hijas, si es bastante feliz para tenerlas.

Una mujer hábil para manejar la aguja no debe olvidar el proveerse de antemano de todo lo necesario, porque comprándolo por mayor le costará más barato, y le evitará además la incomodidad de mandar á la tienda á cada instante para procurarse uno á uno los materiales indispensables para su labor. Si quiero que una ama de casa sea hábil en manejar la aguja,

no deseo menos que sepa guisar y proveer la cocina de una multitud de provisiones, de las cuales, la mayor parte, preparadas por sus cuidados, costarán menos y serán más provechosas.

Nada debe dispensar á una mujer el adquirir estos talentos; porque, si no está llamada personalmente á desempeñarlos, debe estar en estado de enseñárselos á una criada ignorante, ó al menos vigilar la ejecución de sus órdenes. Es necesario persuadirse que con los mismos comestibles se puede hacer una buena ó mala comida; de la disposición del ama de casa depende el que la familia esté bien ó mal alimentada con los recursos de que puede disponer. Debe proveerse de uno de los muchos manuales de cocina, y buscar en él los procedimientos que puedan hacer más variada y agradable la comida, sin aumentar los gastos; y si lo hace con cuidado al poco tiempo sacará un gran partido de los comestibles. El deseo de hacerlo bién es una de las garantías más seguras del buen éxito, al paso que la desidia lo entorpece todo.

También atañe á la mujer el llevar la libreta de gastos: todos los días debe consagrar algunos minutos en apuntarlo todo y tenerla al corriente. Si descuidara este deber, no podría dar cuenta á su marido ni dársela á sí misma del uso que ha hecho del dinero; luego, como los pequeños gastos repetidos forman muy pronto sumas considerables, se encontraría muchas veces en el caso de no saber en qué las ha invertido, creería haber perdido dinero ó tal vez que la

habían robado. Más adelante daré un modelo de libro de gastos.

Es necesario poner en el número de los deberes más importantes de una ama de casa el cuidado que debe tener de su persona y de sus vestidos. Muchas mujeres, después de haberse cuidado mucho siendo solteras, se abandonan al desaliño y hasta á la falta de limpieza así que contraen matrimonio. Sin duda se figuran que después de haber fijado la atención de un hombre, han acabado su tarea, que en adelante es inútil el tratar de gustar á su marido, y que por otra parte conservan todos los atractivos de que les ha dotado la naturaleza; este es un error muy grande, y que en muchas ocasiones produce el desvío de los maridos. Si es más difícil conservar el afecto del marido que lo ha sido el adquirirlo, es necesario tratar de sostener los atractivos que le han seducido. La más rigurosa limpieza en su persona, el orden más perfecto en sus vestidos anuncia el respeto que se tiene á sí misma y manifiesta al marido que conserva el deseo de agradarle.

Pero si aconsejo este buen porte que es el tipo de la decencia y del bien parecer, estoy muy lejos de querer que lleven al extremo este cuidado en los vestidos y en las maneras á que se abandonan sin reflexión algunas jóvenes. Esto, lejos de fijar el cariño del marido, excita una desconfianza á veces mal fundada, pero que puede turbar para siempre la paz doméstica. Una joven desde el momento en que llega

á ser ama de casa, debe desterrar de sus trajes y de sus maneras todo lo que, aun de léjos, parezca coquetaría ó anuncie un lujo inútil. ¡Cuánto no tendría que echarse en cara, si su ejemplo arrastrara á su marido, si sus gastos personales fueran mayores que los recursos de su fortuna, perjudicarán á la subsistencia de la casa, ó privarán á sus hijos de lo necesario! Añádase á esto los peligros de la maledicencia, dispuesta siempre á causar un daño á veces irreparable á las mujeres que la ofrecen el más ligero pretexto. Tambièn le toca á la mujer el poner en orden la ropa de su marido, y el tenérselo todo siempre dispuesto y arreglado. El ejemplo de la limpieza, del buen porte, de la sencillez y del orden que ella le dará sin cesar, le moverá á imitarla; si él se separara de este buen camino, ella tendría derecho á dirigirle suaves reprensiones que sin duda serían escuchadas. ¿Por qué no se ha de valer de la influencia que tenga sobre él para hacer que abandone el uso del tabaco? ¡Cuántas familias se ven precisadas á imponerse privaciones para satisfacer esta mala costumbre, que llega á hacerse al fin una necesidad tan imperiosa como el hambre! Si un joven quisiera calcular lo que le cuesta esta ridícula manía en diez años, y el partido que podría sacar de aquel dinero para su casa; si quisiera comprender lo desagradable que es para su esposa, si quisiera confesar que ha contraído este vicio únicamente por imitación, no titubearía en abandonarlo; y se daría luégo el parabién de haberse desembarazado de una necesidad ficticia agre-

gada á otras mucho más imperiosas é indispensables.

Nuestra ama de casa deberá tomar también á su cargo los incesantes cuidados que reclamen sus hijos, cuidados que no deben ser confiados á manos extrañas sino en casos de absoluta necesidad. No se crea sin embargo que no deba tener ningún rato de descanso y de sosiego: una vida bien empleada dá para todo, y los placeres deben ocupar su lugar lo mismo que el trabajo. Uno de los principales placeres, y éste no exige tiempo y se renueva sin cesar, es el que se encontrará en la satisfacción interior que sigue al cumplimiento de sus deberes, en el afecto de sus amigos y de su familia. Luego, como no habrá descuidado nada durante la semana, y que sus labores se habrán ejecutado día por día, llegará el domingo, y después de haber cumplido con sus deberes religiosos, le quedará todavía tiempo para entregarse á algunas diversiones. El orden y la economía que habrá establecido en sus gastos le permitirán, probablemente, disponer de una pequeña suma para arreglar una comida un poco mejor que los demás días, ó para buscar fuera de casa alguno de aquellos placeres que se encuentran en el campo ó en la misma población. Yo la aconsejaría que prefiriera el paseo á todas las demás distracciones, porque es muy favorable á la salud y no causa más que un gasto insignificante.

La lectura debe también encontrar su lugar entre las distracciones; es un placer que no se gasta; pero no me cansaré jamás de aconsejarla que elija bien los

libros. La madre de familia debe evitar con cuidado la lectura de aquellas novelas, falsas en sus ideas, inverosímiles en sus narraciones, disolutas en sus cuadros, sin gusto, y de detestable estilo que inundan las calles y los gabinetes de lectura, y no pueden menos de gastar el corazón, falsear el espíritu y desviar de sus deberes á los que las leen. Deberá elegir, entre los muchos libros útiles é instructivos, aquellos que mejor cuadren á su gusto, á sus necesidades y á sus costumbres. Cuando se ha empezado á leer libros de esta clase, se desarrolla el gusto por instruirse, y se convierte en un manantial de goces vivos é inagotables. Pero el mayor goce que debe tener una mujer, es el de la caridad, placer que jamás deja pesar alguno. La limosna se hace únicamente con dinero; la caridad tiene otros mil medios, y regularmente el que menos cuesta acostumbra á ser el más provechoso. Nuestra joven ama de casa encontrará en su corazón el secreto de ejercerla. Una vez que haya gustado este puro goce, sabrá procurársele á menudo.

DEL MODO DE DIRIGIR Y TRATAR Á LOS CRIADOS.

Las cualidades que se han de buscar en los criados son: la probidad, la actividad, la inteligencia, la buena voluntad, el orden y el aseo. La primera de estas cualidades es la más esencial; en cuanto á las otras, no se debe descuidar esfuerzo alguno para desarrollarlas en las personas de la casa. Conviene hacer

conocer á los criados el sitio donde están y deben estar todos los objetos de que deben hacer uso, y exigir que los vuelvan á colocar en él, así que hayan dejado de servirse de ellos. Un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio; este es el medio de conservar el orden en una casa.

Debe reinar el aseo y la limpieza en todas las cosas confiadas á sus cuidados, y en ellos mismos; sus vestidos y su ropa blanca deben estar en buen estado. El ama de casa velará porque cumplan con sus deberes religiosos. Si exige que sus criados sean exactos en el cumplimiento de los deberes que señale á cada uno de ellos, no debe sin embargo hostigarles con un exceso de vigilancia importuna. Muchas mujeres tienen esta manía y creen obtener de este modo mucho más de las personas que toman á su servicio; es un error, se cansan y se hacen detestar. Después que el ama ha dado sus órdenes, debe esperar, asegurarse luego de que están bien ejecutadas, y reprender si vé que no lo han sido del modo conveniente. Cuando un criado está bien al corriente de su tarea, la hace mejor con un poco de libertad. Una mujer quisquillosa está siempre mal servida.

Es necesario tratar á los criados con amabilidad, pero sin debilidad; el ama de casa procurará ganar su confianza y su adhesión, y llegará á ser su consejera, sin familiarizarse con ellos á pesar de esto; evitará con mucho cuidado el iniciarles en los asuntos interiores de la familia. Hará bien en darles consejos sobre el destino que han de dar á sus economías, y ha-

cer porque en lo posible las pongan en la caja de ahorros.

El alimento de los criados debe ser sano y abundante; pero sin demasiado esmero: es necesario vigilarlo particularmente cuando las sobras de la mesa de los amos no están destinadas á la cocina, á fin de evitar la envidia entre las gentes de la casa, tan natural cuando tiene incesantes ocasiones de nacer. Es necesario hacerles ver que, si no están llamados á participar de la comida de los amos, al menos la suya es objeto de sus cuidados.

El ama debe mirar porque los criados no se dejen llevar del gusto de componerse y acicalarse demasiado por los gastos que esta costumbre trae consigo. Cuando haya conseguido hacerles colocar algunos fondos en la caja de ahorros, el deseo y la posibilidad de aumentarlos les excitarán á hacer nuevas economías, y les darán la fuerza suficiente para resistir á la tentación de los gastos inútiles.

Para evitar que los criados vayan á buscar diversiones á los sitios poco convenientes, donde perderían el tiempo y contraerian malas costumbres, una ama prudente se ocupará un poco de sus placeres, y aprovechará todas las ocasiones de procurarles honestas distracciones. Este es un excelente medio para hacerles tomar cariño á la casa. Siempre se debe procurar endulzarles su estado de dependencia y servidumbre.

Los criados no deben ausentarse jamás, ni aun en los días de fiesta, sin el permiso de sus amos. Esto

es de la mayor importancia. Los amos exigirán que se les hable con deferencia; éstos, por su parte, al dar sus órdenes, hablarán á sus criados con benevolencia y urbanidad. Un criado jamás contesta mal cuando se le habla del modo conveniente.

Cuando se tienen muchos criados, se debe emplear todo el cuidado posible en sostener entre ellos la buena inteligencia, y para esto observarse mucho, á fin de ser justo con todos y de no mostrarse parcial, aun cuando haya razón para serlo. Si se suscita entre ellos alguna disputa, es necesario escuchar sus razones y conservar una calma perfecta cuando ellos han perdido su sangre fría; este es el medio de conservar la dignidad. Es necesario reflexionar antes de pronunciarse; después de haberlo hecho, es necesario emplear toda la influencia para calmar al que se encuentra ofendido, y estimular al otro para que se adelante á solicitar la reconciliación. Si se niega á hacerlo, será necesario hablarle en particular, obtener esta reconciliación y borrar las últimas señales de rencor que puedan existir todavía. De la buena armonía que reina entre los criados, depende en gran parte la buena ejecución del servicio.

Cuando un criado ha cometido alguna falta grave que haya excitado el disgusto del amo de la casa, pero digna de perdón, el ama es la que debe representar el papel de mediadora, y obtener un perdón que puede producir hermosos frutos. Debe ser el ángel tutelar de todo lo que la rodea.

Es conveniente estimular el celo de los criados por

medio de algunos regalos dados á tiempo, por ejemplo, cuando han hecho algo más de lo que deben, ya sea por un aumento de trabajo, ya haciendo de buena voluntad alguna cosa fuera de su servicio. En general, vale más dar salarios menos crecidos y añadirles algunas recompensas proporcionadas.

Todos los meses se debe pagar á los criados, á menos que se opongan á ello condiciones expresas, lo cual es preciso evitarlo mientras sea posible.

SITUACION Y DISTRIBUCION DE UNA CASA.

La primera cualidad de una habitación es el que sea sana; por lo tanto se procurará que sea ventilada y que tenga buenas luces. Si se ocupa un cuarto bajo, es necesario que al menos esté un metro elevado del suelo. Las paredes salitrosas son temibles á causa de la humedad que conservan. Cuando el piso de un cuarto bajo es salitroso, es preciso levantar los ladrillos, quitar de 30 á 35 centímetros de escombros, y reemplazarlos con escoria de hierro, ó guijarros que no puedan hacerse salitrosos. Luego se vuelve á enladrillar con ladrillos nuevos.

Si la conformación del terreno ó la incuria de los anteriores habitantes ha dejado que se acumulen aguas estancadas en los alrededores de la casa, es necesario hacer cuanto se pueda para quitar aquellos focos de infección; esta es una de las cosas de más importancia. Los estercoleros deben estar también separados de la casa.

Es preferible que todas las aberturas de la casa estén de cara al mediodía ó al levante; la parte del oeste es la peor; las lluvias vienen casi siempre de aquella parte.

Se debe dar á los alrededores de la casa un aspecto agradable de orden y de aseo, y hasta embellecerlos. Esto se consigue fácilmente con emplear en ello algunos ratos perdidos y un poco de dinero que á veces se emplea peor. Regularmente se tiene más afición á la casa cuando ésta es agradable, y es un punto muy esencial el tener afición *á la casa*. La vista de los objetos agradables dispone, á no dudarlo, al buen humor; lo contrario produce tristeza y asperidad; nosotros debemos emplear todos nuestros esfuerzos en mejorar nuestro carácter y nuestras costumbres; podemos tenernos por felices si los objetos pueden contribuir á conseguirlo.

ARREGLO DE UNA CASA.

DISTRIBUCION DE LOS MUEBLES.

Es difícil indicar la distribución de una casa cuando me dirijo á un público numeroso cuyas necesidades son extremadamente variadas. Por lo mismo, no daré detalle alguno relativo á este punto. Me limitaré á recomendar á mis lectores que busquen en lo posible una casa que tenga piezas independientes. Nada hay tan incómodo como dos ó tres cuartos dependientes uno de otro. Les aconsejaré también que tengan un cuarto, más ó menos grande, según sean

los medios, que esté enteramente libre, esto es que no se duerma en él. De este modo es más fácil tenerle bien ordenado á cualquiera hora del día, y en estado de recibir á cualquiera hora á las personas que vayan por negocios ó simplemente de visita.

El ama de casa debe esforzarse en arreglar esta pieza; debe desterrar de ella toda clase de cuadros ridículos, de los que por desgracia abundan tanto, que representan asuntos poco convenientes que ofenden á la vista. En el día se pueden encontrar á poca costa bonitas litografías que representan cuadros de nuestros primeros pintores, ó asuntos modernos que atraen agradablemente la vista y forman el gusto.

Deben desterrarse también aquellos cuadros mal iluminados de detestable colorido. El mismo rigor debe reinar en la elección de las pequeñas estatuas de yeso ó de alabastro con que se adornan generalmente las habitaciones. No dejaría entrar en mi casa más que copias de los buenos modelos antiguos, que en el día no cuesta mucho. Tendría un particular cuidado en tener flores en la habitación. Nada hay que haga tan alegre un salón, ni que contribuya tanto á la tranquilidad del alma como el tener constantemente á la vista objetos agradables.

Es casi indispensable el tener en una casa algunas butacas buenas y grandes que son muy útiles en casos de enfermedad, ó durante el puerperio de una mujer; si los recursos no permiten tener estos muebles nuevos, se los encuentra de lance á un precio más bajo.

Es mejor comprar muebles bien contruídos y só-

lidos que elegantes. Cuando uno se deja seducir por la elegancia tiene lugar de arrepentirse muy pronto. Cuando se ha quitado el primer barniz de los muebles malos, está uno condenado á tener á la vista, por mucho tiempo, objetos que disgustan, que á veces son incómodos y están sujetos á continuas reparaciones; mientras que un mueble viejo que ha sido bien acabado desde el principio, jamás es feo.

Me parecen indispensables, aun para la casa más modesta, una mesa de despacho en la que se puedan guardar los papeles, el dinero, las joyas y los libros de contabilidad, y un armario grande para poner la ropa al abrigo de los animales destructores y de la humedad; en cuanto á los demás muebles, deben ser proporcionados á los medios de que se puede disponer. Pero no me cansaré de repetir que vale más tener algunas cosas sencillas ó de lance que sacrificar la solidez á la elegancia.

Es necesario, mientras sea posible, armonizar los colores entre sí, en el mueblaje, y casar los de las cortinas, de las butacas y del cobertor ó cubrecama, lo cual no es muy costoso y dà á la habitación cierta apariencia de orden y de simetria que debe buscarse siempre.

No hay duda que es mucho más económica una estufa que una chimenea francesa; pero no conviene en todas las circunstancias. La estufa se puede reemplazar con ventaja con una chimenea llamada *à la prusiana*; calienta también como aquella y no priva de la vista del fuego.

Es preferible, para la comida, hacer uso de una mesa redonda ú oval que de una mesa cuadrada; se pueden colocar en ella mayor número de convidados y todos están mejor. En el día se hacen mesas que se alargan á voluntad y son bastante sólidas y cómodas. Si su precio fuere superior á lo que se puede gastar, es fácil adaptar á una mesa redonda dos alas en forma de media luna, que se fijan por medio de travesaños.

Para limpiar los muebles barnizados, es necesario hacer uso de un trapo de lana un poco áspero y ligeramente empapado de aceite. Luégo se seca bien el mueble con un lienzo suave y seco. Los muebles charolados se limpian con un lienzo suave y agua; las mesas de comer, con un poco de leche caliente; se las encera y se las estrega luégo.

Para limpiar el cobre, se hace una mezcla de arena fina ó de piedra arenisca molida con un poco de harina y vinagre, y se frota con esta preparación con la mano. Luégo se aclara con cuidado y se seca con fuerza, sin lo cual el brillo se empaña al instante.

Para que la vajilla esté perfectamente limpia, es necesario lavarla con agua muy caliente, enjuagarla y secarla muy bien después de haberla dejado escurrir. La vajilla bien limpia debe estar tan brillante como cuando está nueva.

Los cubiertos se limpian lo mismo que los cristales, con ceniza fina, con tierra de Segovia ó albayalde; pero es necesario dejarlos secar enteramente antes de enjuagarlos, porque entonces es difícil el quitar

bien la tierra con que se los ha limpiado. El estaño se limpia muy bien haciéndole hervir dentro de un puchero lleno de legía.

Los trastos de una cocina son una parte esencial de una casa. El uso del vidriado como batería de cocina es más costoso de lo que se cree, á causa de su poca duración; tampoco es muy bueno para que los guisos salgan bien. Por mi parte, recomendaré siempre las ollas y cacerolas de hierro fundido, si es que no las puede tener de cobre á causa de su excesivo precio; el hierro colado tiene casi todas las ventajas del cobre, y aun exige menos combustible. El hierro batido no es tan bueno. Para que los pucheros de hierro colado no comuniquen sabor alguno á los manjares es necesario prepararlos bien la primera vez que se hace uso de ellos; para esto es necesario hacerlos calentar mucho y frotar luégo por su interior un pedazo de tocino que no esté salado.

El hierro colado, la hoja de lata, el hierro batido y las cafeteras se limpian del mismo modo. Se las frota con legía y un estropajo de esparto, que es muy bueno para limpiar todos los utensilios de cocina.

En toda cocina debe haber un caldero de cobre, para calentar la legía ó el agua de jabón para limpiar; este utensilio no puede ser reemplazado con una caldera de hierro.

Es también indispensable una despensa de dimensiones proporcionadas á las necesidades de la casa, situada de modo que en lo posible esté en la sombra y bien ventilada. Evita que se desperdicien una



multitud de sobras que, guardadas en un armario, no tardarían en echarse á perder.

La mesa de cocina, el tajo, la pila de la cocina ó los barreños y las ornillas deben lavarse con frecuencia con agua caliente, un estropajo, jabón y arena. En una cocina debe también haber una esponja, porque sirve para muchos usos.

El lujo de una cocina es la limpieza más esquisita.

La elección de la vajilla no deja de tener su importancia, y en esto también es una mal entendida economía el comprar muy barato. La mejor vajilla es sin contradicción la de porcelana. Es mucho menos frágil que la otra, y su barniz es en extremo permanente. Se la puede reemplazar con la porcelana *opaca* de Sevilla que no tiene un precio muy subido, es muy limpia, de mucha duración, y tiene un barniz muy bueno. La loza dura muy poco y se pone luego muy fea.

Los objetos de vidrio colado han mejorado mucho de algunos años á esta parte, de manera que se hacen una porción de utensilios cómodos y de duración que reemplazan muy bien al cristal. Este, que tampoco es muy caro, es siempre más limpio que el vidrio; pero no se deben comprar objetos que tengan molduras profundas, porque es muy difícil conservarlos limpios; sólo se consigue quitar la porquería con un cepillo y agua de jabón. El cristal tallado es sin disputa lo mejor que hay, pero es más costoso. Es necesario, al comprar objetos de cristal ó vidrio, tener mucho cuidado en elegirlos enteramente incoloros,

porque de lo contrario, por mucho que se limpien, siempre parece que están sucios; esta cualidad debe ser preferible á la elegancia de las formas.

Las camas de acero son preferibles á las de madera, porque son más limpias, bien que es necesario fregarlas á menudo para que conserven el brillo. Un jergón de paja de maíz dura muchos años, es muy elástico, y puede economizar el gasto de un colchón. En el centro de los colchones conviene poner un poco de crin: esto los sostiene. Si se quiere usar pluma, es necesario mirar que esté muy seca, porque de lo contrario, adquiere fácilmente un olor fastidioso. Es mejor dormir en colchones de lana que de pluma; ésta no es tan sana. Las camas de los niños deben ser duras y perfectamente iguales, y la almohada poco elevada. Esto es muy conveniente para su buen desarrollo.

Recomiendo á toda ama de casa que ponga en todas las camas una cubierta de algodón, porque además de la ventaja de ser caliente, tiene las de ser ligera y de poderse quitar fácilmente.

La ropa sucia debe tener un sitio particular, al abrigo de los ratones; es preferible dejarla al aire, porque si se la encierra adquiere un olor desagradable.

Cuando el ama tenga la casa bien montada, cuando haya introducido en ella el orden más perfecto y la más rigurosa limpieza, le será fácil luego sostener todas las cosas bajo el mismo pié. No obstante, debe procederse á un arreglo general, por lo menos tres ó cuatro veces cada año.

Es muy conveniente fijar las horas de las comidas, mientras sea posible, porque á más de ser conveniente para la salud, lo es para el orden general de una casa; una ama de casa no debe permitir que se coma fuera de las horas de comida; lo que se consume de este modo, además de poderse decir que es perdido, es perjudicial para la salud.

Las luces son un gasto bastante considerable en el que es necesario tener mucha economía. Cuando la familia está reunida, el uso de una lámpara es económico y alumbrá más que dos velas. En el día se hacen lámparas de distintas clases que alumbran mucho y gastan poco aceite, y tienen además la ventaja de que se puede graduar la luz del modo que se quiera.

Para la conservación de las lámparas se requiere la mayor limpieza; una ama de casa no debe fiarse de nadie para arreglarlas, á no ser que tenga un criado inteligente y cuidadoso.

MODO DE ARREGLAR LOS GASTOS DE UNA CASA Y CONTABILIDAD.

Hay diferentes modos de arreglar los gastos de una casa. Lo mejor, sin contradicción, sería que el dinero fuera enteramente común entre el marido y la mujer, y que cada uno pudiera disponer de él, con la obligación de darse uno á otro cuenta de su uso; pero esta comunidad de gastos es algunas veces imposible; en este caso, se fija la suma destinada al gasto, el marido la entrega á su mujer de tiempo en tiempo,

y ésta lleva cuenta exacta del uso que de ella ha hecho. Es justo que el marido dé también cuenta á su mujer de los gastos que él haga por su parte, porque en un matrimonio la fortuna es común. Si este arreglo no conviene, el marido puede dar á su mujer, independientemente de la suma destinada al gasto de la casa, otra suma para vestir y educar á los hijos, de la cual no tendrá necesidad de dar cuenta. Es muy justo que la mujer tenga dinero á su disposición, sin lo cual se la privaría del placer de hacer una limosna secreta, un regalo á su marido, á sus hijos ó á alguna de sus amigas; y por otra parte, hay circunstancias y llega una edad en que sería insoportable para una mujer el no poder disponer de algún dinero, sobre todo, cuando una parte del que entra en la casa procede de su dote, de su industria ó de su economía. ¿Cuál es el hombre que dejará de consentir en una cosa tan equitativa?

Una vez arreglado este asunto, es necesario establecer un libro de cuentas común ó particular, según el arreglo adoptado; se empieza por abrir la cuenta del mes en que se está; la primera página debe estar consagrada al cargo, esto es, al dinero que entra, y en las otras se apuntan los gastos á medida que se van haciendo. A fin de mes es necesario ajustar cuentas, para examinar si se ha incurrido en algún error, lo que no tendrá lugar si el ama de casa consagra todos los días algunos instantes á este deber, al cual se irá acostumbrando luego. Si hay alguna equivocación, es necesario buscar al punto la causa; si es considerable se

encontrará fácilmente; pero si no lo es, y las tentativas son inútiles, se arreglará la suma abonando ya sea en las entradas, ya en las salidas la diferencia, porque es necesario que la cuenta quede justa. El mes siguiente se abona en cuenta lo restante del mes anterior, y así los demás.

Esta contabilidad es la más sencilla; el llevar muchos libros complica inútilmente los negocios; sin embargo, se puede tener un libro especial para un gasto particular del que se quiere llevar cuenta: pero esto no quita que se pueda trasladar al libro general.

Al fin del registro ó en un registro aparte se abre una cuenta corriente para cada criado, porque de este modo se evitan disputas. Si se emplean operarios, será bueno consagrar un registro particular para anotar los jornales de cada uno que deben ser arreglados todas las semanas. Hé aquí un modelo de este registro :

NOMBRES DE LOS JORNALEROS.	DIAS DE LA SEMANA.						de jornales. Número	Precio del jornal. reales	Suma. RS. MS.
	Lunes.	Martes.	Miércoles.	Jueves.	Viernes.	Sábado.			
Francisco Ortiz.	1	1	1	1	1	1	6	8	48 »
José Parés.....	»	1	1	1	1	»	4	3	12 »
Diego Padró . . .	1	1	1	1	1	»	5	2	10 »

Recomiendo que jamás se deje que una cuenta suba demasiado, vale más pagar cuanto antes mientras sea posible. Los créditos son la ruina de una casa. Jamás se puede sacar de memoria una cuenta exacta de lo que se debe, y se queda uno asombrado, al tiempo de pagar, de las sumas que es necesario desembolsar sobre las que no se contaba. Además, es necesario tener presente que cuando se paga al contado se está mejor servido. Por otra parte, cuando se deja que abran cuenta, se está en cierto modo bajo la dependencia de los mercaderes que proveen ; no es posible aprovecharse de las ocasiones en que en otras partes se encuentran las mercancías á más bajo precio ; por lo tanto, considero como cosa de la mayor importancia, por más de una razón, el pagar siempre al contado.

En todos los gastos de la casa debe presidir la más severa economía : el amo y la señora deben seguir siempre esta máxima. Es necesario colocar cuanto antes en la caja de ahorros la más pequeña economía que se haya conseguido hacer ; este pequeño caudal dará vivos deseos de aumentarlo. Cuando la suma es superior á lo que se puede poner en la caja de ahorros, es necesario colocarla de otro modo. Las rentas sobre el estado es uno de los medios más fáciles, porque el papel se puede vender pronto en caso de necesidad ; se puede también prestar bajo una buena hipoteca ó emplearlo en alguna finca ; estos son los medios más seguros de hacer producir el dinero. Jamás se debe aventurar por un interés subido el capi-

taí que forma la mayor parte de los haberes ; en fin, hay muy pocos casos en que sea prudente prestar dinero, y sobre todo para una empresa aventurada ; solo las personas acaudaladas pueden arriesgar de este modo el dinero.

Si recomiendo una severa economía, rechazo con horror la avaricia que lleva hasta el extremo de privarse de lo más necesario ó, lo que es peor, á privar de ello á los demás. Es cierto que se debe economizar para el tiempo en que no se pueda trabajar, pero para esto no debemos pasar toda nuestra vida en medio de las privaciones. No es de ningún modo necesario acumular sin medida para una edad en la que las necesidades son poco considerables. Es preferible el procurarse el bienestar que puede proporcionar el dinero, mientras se puede gozar de él, á acumular caudales para cuando nos sean inútiles. Al recomendar que no se preste dinero, se debe entender como especulación: porque sería una cosa indigna el cerrar el bolsillo á un amigo, cuando se le puede auxiliar sin exponer la fortuna de la familia.

La avaricia es la pasión que menos se puede explicar; la prodigalidad es el camino de la miseria.

DE LA ROPA BLANCA,

Una ama de casa entendida debe poner todo su cuidado en tener una conveniente provisión de ropa blanca. Sin embargo, no soy de parecer que se deba tener una enorme cantidad de ella, como acostum-

bran hacerlo en algunas provincias; es un dinero que no reditúa nada y un verdadero estorbo. No hay gloria ninguna en enseñar armarios enormes llenos de ropa supérflua; pero, por otra parte, no puedo menos de vituperar la costumbre que tienen algunas mujeres de emplear sus rentas en futilidades, cuando no tienen la suficiente cantidad de ropa blanca para cubrir las necesidades de la casa.

Se necesita poner mucho cuidado en la construcción, en la conservación de la ropa blanca y en comprar todos los años una cantidad de ella igual á corta diferencia á la que se echa á perder: es más fácil encontrar, en el curso de un año, una pequeña suma para este objeto, que una grande más tarde.

La calidad de las telas varía según los países: es muy conveniente seguir la costumbre de aquel en que se habita; recomendaré sin embargo á toda ama de casa que no las elija demasiado finas; por poco que se gasten parecen mal; en cuanto á las telas demasiado ordinarias, duran poco, aun teniendo en cuenta su bajo precio.

Las sábanas para cama de matrimonio se hacen ordinariamente de dos tiras ó paños de 1 metro y 20 centímetros de ancho: 15 ó 16 metros de esta tela bastan para hacer un hermoso par de sábanas para una cama de dos personas. La tela de 90 centímetros de ancho es suficiente para las camas de una persona; pero como no se la encuentra en todas partes, se pueden poner tres tiras de 1 metro 20 centímetros para hacer dos sábanas: la costura á la verdad no sal-

drá en medio, pero esto es insignificante para las sábanas destinadas en general á los criados; en este caso bastan 12 metros de tela.

Cuando las sábanas se empiezan á gastar, se las debe volver, esto es, deshacer la costura que reúne los paños y hacerla en las otras orillas.

También se pueden hacer sábanas de una tela de algodón, que ordinariamente se acostumbra á vender cruda. Cuesta muy poco y se blanquea pronto.

Las servilletas pueden ser más ó menos grandes; el tamaño más conveniente es el de 80 á 90 centímetros de largo por 55 á 60 de ancho. Las telas labradas, aunque tengan más cuerpo, son preferibles á las lisas para la mesa; siempre tienen mejor aspecto. Los manteles varían de dimensión según la mesa; es necesario tenerlos de todos tamaños.

La tela de 1 metro 20 centímetros de ancho no sirve para rodillas ó paños de manos, porque si se la corta en cuadro, las rodillas salen muy grandes, y si se la corta de una anchura conveniente, resultan demasiado largas. Si se quiere emplear tela de esta dimensión, es necesario reunir dos tiras ó paños para hacer tres rodillas, de las cuales habrá una que tendrá la costura en medio, lo cual es indiferente. Para este objeto, la mejor tela es la de 70 centímetros, pero no es fácil encontrarla en todas partes.

Es muy útil poner unas cintas en dos extremos de una porción de rodillas, en la parte del dobladillo, para que puedan servir de delantales para la cocina. De este modo se economizan los delantales blancos ó

de color que se acostumbran á llevar ordinariamente; y luégo que están algo usados se les quitan las cintas y sirven bien para secar la vajilla.

Las cualidades que se han de buscar en la tela son : que tenga el hilo muy igual, que la trama y la urdimbre sean también iguales en grosor, y que las orillas estén bien hechas. La tela demasiado apretada se corta, y la que es demasiado clara se gasta muy pronto : no hay economía alguna en comprar telas á un precio demasiado bajo.

Toda la ropa blanca debe estar marcada : las sábanas por pares, esto es, que cada dos lleven un mismo número; las servilletas y las rodillas por docenas ó decenas, según el uso; debiendo llevar cada docena un mismo número : este es el medio de hacerlas servir por turno y de asegurarse de que no se ha extraviado ninguna.

DE LA COLADA, APLANCHADO Y ENJABONADO.

De la colada.—En las grandes ciudades no se acostumbra á hacer la colada en casa, porque falta sitio. La ropa lavada á la vista de una buena ama de casa está en general más blanca y mejor cuidada que la que se confía á las lavanderas. Estas emplean á veces mordientes demasiado activos. Vamos á dar algunos detalles sobre la operación de la colada.

Es conveniente, para la conservación de la ropa, sobre todo, de la que está muy sucia, el pasarla por agua á medida que se la pone en el sitio de la sucia. La que no haya sido pasada por agua, debe serlo en el momento de hacer la colada.

Hay varios procedimientos de hacer colada. Se puede hacer al vapor, siguiendo el método descrito por M. Bourgnon de Layre en su Tratado de la colada al vapor; este método es excelente y muy económico. Entre los muchos procedimientos de hacer la colada con ceniza, el siguiente es el que nos parece mejor:

El colador ó cuba de pasar la colada es ordinariamente de madera con aros de hierro. En el fondo se practica un agujero al que se adapta un tubo de hierro ó de madera; se cubre con cáñamo el extremo del tubo para fijarle sólidamente en el agujero. Es necesario tener cuidado de colocar en la cuba y delante del agujero del tubo un pedazo de lienzo ó un plato, para evitar que la ropa se introduzca en el tubo y no deje salir la legía.

Este tubo está destinado á dar paso á la legía para volverla al caldero, el cual para mayor economía debe estar montado en un hornillo apropiado: en muy poco tiempo se economiza en combustible lo que se ha gastado en el hornillo.

Después que está la cuba arreglada de manera que la legía pueda pasar fácilmente desde el tubo al caldero ú otro recipiente, se le cubre interiormente con una tela recia destinada yá para este uso y en su defecto con una sábana grande; y luégo se va colocando la ropa por capas bastante apretadas. Si la ropa está seca se la debe ir rociando á medida que se la va colocando hasta que la cuba esté casi llena. Las dife-

rentes piezas de ropa se deben ir colocando del modo siguiente: en el fondo se ponen las rodillas y delantales de cocina, luégo una parte de las sábanas, la ropa de cuerpo, la de mesa, el resto de las sábanas, y algunas rodillas ó la ropa sucia. La ceniza se pone encima en una sábana recia ó cernadero; así se llama la tela destinada á este uso. Se debe tener cuidado en que la ceniza esté distribuida por igual, luégo se la moja y se la cubre con los extremos del cernadero.

Es de mucha importancia que la ropa esté bien apretada al rededor de la cuba, á fin de que el agua ó legía tenga que pasar *à través* de la ropa y no *escurrirse* por los lados, como sucede en algunos puntos donde las mujeres tienen la costumbre de poner unos palos entre la ropa y las paredes de la cuba.

La ceniza debe haber sido pasada por una criba á fin de que no tenga cuerpos extraños susceptibles de manchar la ropa.

La colada debe durar cerca de doce horas; al principio se debe calentar poco la legía para que no se eche á perder. La grasa de la ropa no se disuelve bien si desde un principio se la expone á un calor demasiado fuerte. Si la ropa está muy sucia se puede hacer hervir la legía por espacio de dos horas hácia el fin de la colada, en el caso contrario basta un tiempo mucho más corto; para la ropa fina, y particularmente para la de algodón, basta que dure la colada tan solo unas 6 ó 7 horas.

Después que se ha acabado de pasar la colada, se pueden meter en el caldero diferentes utensilios de

cocina para limpiarlos. Luego que han hervido por algún tiempo, se los estrega con un estropajo ó una escobilla de grama; los cubiertos también se limpian perfectamente con la legía, para lo cual se los deja por una hora en la cuba.

○ Cuando se han concluido todas estas operaciones, se quita el tubo para que la ropa se vaya escurriendo todo lo posible.

○ Es necesario además conocer la calidad de la ceniza de que se ha de hacer uso, porque la hay de varias clases; la de abeto, de árboles frutales, de encina, de fresno, de olmo y de ojaranzo son muy buenas; las de castaño y de brezo vienen después; las de las plantas secadas en vegetación, como los juncos, las patateras y los sarmientos son las mejores de todas.

○ Si no estuviera la cantidad de ceniza necesaria para hacer una buena legía, ó si se la quisiere hacer muy fuerte, se pueden mezclar á la ceniza de quinientos á mil granos de potasa ó de sal de sosa.

○ Se debe evitar el conservar la ceniza en un sitio húmedo, porque se deteriora. La ceniza, después que ha servido para la colada, todavía es una materia de mucha utilidad en agricultura.

○ La ropa de la colada se debe lavar al día siguiente, ó todo lo más á los dos días, en este último caso, es necesario no quitarla de la cuba hasta el momento de ir á lavar; esta operación se debe hacer en lo posible en agua corriente, abundante y clara.

○ La ropa de mesa se debe doblar antes de que esté enteramente seca, luego se la tiene apilada por espa-

cio de veinte y cuatro horas, y por fin se la hace secar sin desdoblarla enteramente: de este modo queda mejor. Las sábanas se deben doblar al través por la orilla y no en sentido del dobladillo, porque queda mejor para ponerla en la cama.

Del enjabonado.--El *enjabonar* es una operación que se repite muy á menudo en una casa, y no es indiferente el conocer el mejor medio de hacerla. Primero se debe escoger la ropa, esto es, poner por separado la más fina, la más recia, la más puerca y las medias, para ir lavando los montones por su orden.

Se hace calentar agua que disuelva bien el jabón y se la echa en un barreño. Se toma luégo la ropa, pieza por pieza, empezando por la más puerca; se la moja y se la enjabona bien, sobre' todo, en los puntos donde está más sucia, y se la frota con las manos á fin de que la penetre el jabón; se la arrolla y coloca en el fondo del barreño. Se hace la misma operación con las demás piezas dejando, como se ha dicho, las menos sucias y más finas para lo último. Después que esté yá en el agua toda la ropa, se tapa el barreño y se la deja hasta el día siguiente. Entonces se vuelve á calentar el agua, luégo se desengrasa la ropa fro-tándola con las manos, en la tabla, con cuidado, y añadiendo el jabón necesario. Durante está operación que es la más importante, se pone agua en el fuego, en un caldero, añadiéndola una cantidad de jabón cortado en pedacitos, que sea bastante grande para hacer una buena agua jabonosa. En esta agua se hace hervir por espacio de veinte á treinta minutos, pri-

mero la ropa fina y después la ordinaria. Si se la ha quitado toda la grasa con la ebullición, bastará después para que quede perfectamente limpia el aclararla, á pesar de que siempre es mejor estregarla un poco.

Del aplanchado.—Para *aplanchar*, es necesario preparar la ropa, escogerla por clases, ponerlo todo por separado, mojarla y estirla, sacudirla, desarrugarla un poco, doblarla groseramente y amontonarla luégo para que la humedad la penetre por todas partes. Cuando se prepara de antemano la ropa de este modo, es mucho más fácil de aplanchar. Después se van aplanchando sucesivamente las piezas de ropa de una misma clase, porque así se despacha más pronto en razón á que la mano se va acostumbrando á ello.

Es mucho mejor aplanchar con carbón que con leña. Para este objeto se hacen unas hornillas de hierro que son muy cómodas, duran mucho tiempo y son de poco coste. Las planchas de *caja*, esto es, aquellas que consisten en una especie de caja en cuyo interior se introduce un pedazo de hierro hecho áscua, son útiles cuando no se tiene que aplanchar mucha ropa lisa.

Para aplanchar vestidos se usa una tabla bastante cómoda de un metro y sesenta centímetros de largo por sesenta centímetros de ancho por un extremo, y de treinta á cuarenta en el otro. Después de haberla tapado con una bayeta, se la pasa por la falda del vestido, y se la apoya en el respaldo de dos sillas; para que el vestido no se roce por el suelo mientras se le aplancha se pone una tela debajo y se le va recogiendo en ella.

Se debe adoptar un modo de doblar la ropa y no cambiarlo nunca, porque de lo contrario, no se puede colocar bien en los armarios.

MODO DE QUITAR MANCHAS.

Antes de lavar la ropa y de ponerla en la colada, es necesario quitar las manchas que tenga. La tinta desaparece por medio de la sal de acederas en polvo.

Se moja la mancha con agua fría, se la cubre con un poco de sal de acederas, se la vuelve á humedecer y se la acerca á una pequeña áscua. A medida que el calor va evaporando el agua, se van echando algunas gotas hasta que desaparece enteramente la mancha. Si no se consigue este resultado la primera vez, se repite la operación. Cuando ha desaparecido se aclara toda la parte que ha estado impregnada de sal. Si no se tuviera esta precaución, se podría destruir la ropa.

Las manchas producidas por frutas rojas se quitan muy fácilmente con el azufre. Se moja la mancha y se hace arder por debajo el azufre de dos ó tres pajuelas. Cuando ha desaparecido el color rojo, queda á veces otra mancha amarilla que se quita con jabón. Las manchas de vino desaparecen del mismo modo con este procedimiento.

MODO DE LAVAR LA FRANELA Y LOS DEMAS TEJIDOS DE LANA.

La franela se debe lavar con agua tibia cargada de una suficiente cantidad de jabón, al cual se puede

añadir un poco de potasa. Es mejor estregarla con un cepillo encima de una tabla, que con las manos; la acción de las manos la aja y la encoje demasiado. Cuando la franela está limpia, se la pasa por una agua de jabón ligera y se la aclara.

MODO DE LIMPIAR LAS SEDAS.

Preparación: tómense:

De jabón blando 250 gramas.

De miel 125 »

De aguardiente medio litro.

Hágase fundir el jabón y la miel en el aguardiente á fuego lento. Esta cantidad basta para lavar un vestido.

Es necesario descoser el vestido y extender cada pedazo encima de una tabla limpia. Se baña en la preparación un cepillo y se frota toda la superficie de la tela por los dos lados, insistiendo en los puntos donde haya manchas. Se hace lo mismo con todos los pedazos, y después se los aclara tres ó cuatro veces, *sin torcerlos ni estregarlos*, sino sumergiéndolos y sacándolos del agua repetidas veces. Se los deja escurrir extendiéndolos de modo que no tengan ninguna arruga; luégo se aplanchan con una plancha que no esté demasiado caliente, por el revés. Es necesario no olvidar que la seda se pone roja muy fácilmente con la acción del fuego.

Con este procedimiento la seda vuelve á adquirir su brillo y hasta sus colores, cuando no han sido al-

terados sino por la suciedad. A veces llega á adquirir más lustre que cuando estaba nuevo.

DE LAS PROVISIONES DE UNA CASA.

Una casa bien dirigida debe estar provista de todas las cosas que se pueden guardar y que es ventajoso comprar en ciertas proporciones, ó en una estación mejor que en otra. La mayor parte de las provisiones pueden ser hechas por el ama de casa; si entiende bien estos detalles, conseguirá economizar mucho. Mas para que las provisiones no vengán á parar en *profusión*, es necesario tenerlas encerradas.

No hay ventaja alguna en comprar comestibles de mediana calidad; la economía de dinero es poco considerable, y su mal uso hace su precio superior al de las cosas buenas.

No tratamos de ocupar el espacio consagrado al tratado de economía doméstica en dar recetas que se pueden encontrar en muchas obras conocidas. Sólo nos limitaremos á dar algunos consejos sobre las provisiones más importantes de una casa.

El combustible es un gasto importante, por lo cual es preferible comprarlo en verano que es cuando se puede encontrar más barato. La leña de encina negra es la mejor, sobre todo si es de raíz. Se debe elegir la leña procedente de terrenos áridos; es más pesada y más dura, aunque menos cómoda para colocarla en la lumbre, pero da más calor. El carbón y la leña en lo posible no se ha de comprar jamás al por

menor, porque cuesta doble. Siempre se debe procurar guardarlos en un sitio apropiado.

El vino no es un objeto de menos importancia. También es muy ventajoso el comprarlo por mayor. Es muy bueno el embotellarlo, porque además de que se mejora, es más fácil vigilar su consumo. Esta provisión es la que se debe guardar bajo llave con más particular cuidado. Vale más comprar un vino inferior, pero franco y sin mezcla, que vino más agradable pero mezclado.

Se debe poner mucho cuidado en el modo de tapar las botellas, porque de esto depende en gran parte su conservación. No se deben mojar los tapones antes de probar si ajustan bien, sino después de haber visto que estando secos entran con dificultad, entonces es cuando se deben humedecer y colocados en seguida apretarlos con un mazo de madera, sosteniendo la botella por el cuello sin apoyarla en ninguna parte, porque de lo contrario á los golpes se rompería. El tapón no debe llegar á tocar el vino, porque tendría lugar el mismo accidente.

El vino ordinario, guardado en botellas por algunos años, mejora mucho.

Es muy económico el comprar el jabón por mayor, porque cuando está húmedo y blando, se disuelve en el agua sin provecho para la ropa. Por lo tanto, es necesario hacer una buena provisión de él, cortarlo en pedazos y ponerle en un sitio ventilado para que se seque.

El jabón bueno tiene un olor agradable y está lleno de agujeros; el blanco altera los colores.

En el día se falsifica mucho el color azul que se acostumbra dar á la ropa, de modo que la da muchas veces un color negrusco y desagradable. Es preferible comprar un poco de añil puro, que al parecer cuesta caro, pero se necesita mucho menos para obtener el mismo resultado. El añil se vende en pedazos informes, es casi negro y cobrizo. Es necesario usarlo con precaución, porque es muy difícil quitar las manchas que produce. Después que ha servido se le debe secar con cuidado y envolverle en un pedazo de franela ó de tela nueva.

Las velas hechas en verano son preferibles á las de invierno y menos caras; por lo mismo se elige aquella estación para comprarlas, tanto más cuanto que se van emblanqueciendo y poniendo más duras á medida que tienen más tiempo. Es conveniente tener una caja de madera para guardarlas y ponerlas al abrigo de los ratones.

El aceite se pone más claro y más puro con el tiempo, por lo cual será bueno comprarle por mayor, pero se le debe guardar en la bodega, porque el calor lo espesa mucho.

El vinagre no es un artículo caro para que merezca que se haga provisión de él. Es bueno perfumarle con una infusión de hojas de rosa, de algunas cebollas, de ajo, etc. etc.; después de quince días de infusión, se cuele y embotella.

Para hacer buena mostaza y barata, se compra gra-

no de mostaza negra, fresco; se la limpia bien, se la lava y se la hace secar; se la machaca en un almirez de piedra ó de madera y se la pasa por tamiz á fin de no emplear más que la parte fina. Se deslie con vinagre en el que se ha tenido estragón en infusión, y se añade un poco de sal. La mostaza se conserva mucho tiempo estando bien tapada; si se la deja destapada se seca, pero no se echa á perder.

He creído conveniente limitar á lo que precede las generalidades y los detalles sobre los objetos que abraza la economía doméstica propiamente dicha. Ahora creo del caso, para completar este tratado, el dar algunos consejos sobre la educación física y moral de la primera infancia. No podrá menos de ser del gusto de los padres el que se les hable de lo que más quieren en *el mundo*.

ALGUNOS CONSEJOS SOBRE LA EDUCACION DE LA PRIMERA INFANCIA.

La primera infancia del hombre es la época de la vida que reclama más cuidados, y es de la que menos se han ocupado. Parece que este período de la vida del hombre es una cosa casi indiferente, excepto para los autores de sus días. El inmenso número de niños que mueren antes de llegar á la edad de un año, me parece digno de llamar la atención: casi se puede decir que no llegan una cuarta parte á esta edad.

El hombre, al nacer, es confiado á rústicas nodrizas imbuidas en las preocupaciones de la ignorancia; ó á niñeras desprovistas del sentimiento recíproco

que nace entre el ama y el niño por el hecho de la lactancia; además, la mayor parte de las madres jóvenes que crían á sus hijos carecen de experiencia ó no tienen más guía que su ternura y los consejos de sus madres ó de otras mujeres que, si tienen más experiencia, no tienen tampoco más saber.

El genio de J. J. Rousseau abrazó de un sólo golpe de vista las tristes condiciones de este estado de cosas, y las inmensas mejoras que se podrían introducir. Pero la revolución que él hizo no ha penetrado en todas las clases de la sociedad, ni operado todo el bien que de ella debía esperarse.

No obstante, ha habido un movimiento general que ha producido felices resultados, pero que en ocasiones ha llevado á excesos opuestos; por fortuna no han tenido las consecuencias fatales que debían tener. Todos no leen á J. J. Rousseau, y muchos no pueden penetrar la profundidad de sus pensamientos para hacer de ellos una justa aplicación. Las luces que este grande hombre derramó sobre la educación de la infancia, se han extendido muy parcialmente y sólo entre las clases más instruidas de la sociedad; en España son muy pocos los puntos donde hayan penetrado sus rayos. Estoy convencido de que una buena guía sobre la primera educación física y moral del hombre podría prestar eminentes servicios, y de que las mujeres sensatas é ilustradas, al conformarse á seguirla, propagarían poco á poco con su ejemplo los buenos principios y los métodos. Persuádanse de que estos buenos ejemplos constituyen un deber tan sagrado

como el que cumplen prodigando sus cuidados á sus hijos.

Hay un punto sobre el cual no espero encontrar mucha oposición; cual es el de inspirar á las jóvenes el deseo y la resolución de criar á sus hijos. El bien que recogerán, si lo hacen así, no se limitará á las criaturitas á quienes alimentarán con su leche, sino que el cumplimiento de este deber influirá muchísimo en la felicidad de toda su existencia. ¿Cuál será el esposo bastante insensible para no enternecerse ante el espectáculo de una madre dando de mamar á su hijo?---- si no estuviera dispuesto á prestar á su mujer tódo el respeto y todos los cuidados que la debe, las candorosas gracias de la inocente criatura, y la ternura que une al niño y á la madre, ¿no le recordarían que falta á lo que tan solemnemente ha prometido? Si, por el contrario, lo cumple, ¿no encontrará un inexplicable encanto, una distracción deliciosa en compartir con su compeñera los tiernos cuidados por el fruto de su amor? En cuanto á las mujeres, las incalculables ventajas, los placeres sin cuento que encontrarán en el cumplimiento de este deseo de la naturaleza, les pagarán con usura las fatigas y las privaciones que parece imponerles. Consagrándoles su leche, su tiempo y sus cuidados, adquirirán un título más al reconocimiento de sus hijos, y evitándoles muchos dolores, tendrán esperanzas más justas de conservarlos. Las gracias y la hermosura de su niño resplandecerán en ellas; se adornarán con una nueva virtud á los ojos de su esposo, y poseerán un medio

más para fijar su ternura. Se acostumbrarán y hasta aficionarán á la vida interior, natural destino de la mujer, y la dicha, los siempre nacientes goces que encontrarán en esta vida, les harán olvidar muy pronto los placeres frívolos que se van á buscar en el mundo; gozarán de aquella satisfacci3n interior, inagotable, que se experimenta en llenar sus deberes; en fin, adquirirán un título más á la protecci3n de Dios.

Viéndome precisado á no separarme de los límites señalados, me reduciré á dar algunos detalles sobre los cuidados más necesarios que deben rodear á un niño, objeto de nuestra solicitud.

Así que esté vestido un niño recién nacido, se le debe colocar en la cuna; tiene necesidad de descanso, y es necesario que aprenda al nacer que lo debe encontrar allí y no en las rodillas de su madre. Si está muy delicado, se le podrá colocar en la cama de su madre para que esté caliente; pero esto lo considero como una excepci3n, de que es preciso guardarse para que no se convierta en costumbre. No se tomará ninguna precauci3n para evitar el ruido durante su sueño; esto sería hacerle adquirir una inc3moda susceptibilidad. El tiempo de su sueño es un precioso momento de libertad para las personas que le cuidan; si se le acostumbra al silencio durante su descanso, tendrá esclavizadas á todas las personas de la casa.

Se debe evitar el hacerle contraer la costumbre de pasearle durante la noche; si está desvelado, y hasta si llora, se le ha de dejar en la cuna, y asegurarse únicamente de que no se ha enfriado, lo cual sucede

muy á menudo en un principio; si llega á gritar con demasiada fuerza, será necesario cogerle, arrullarle un poco en los brazos, y volverle á poner en la cuna así que se haya calmado. Es mucho más pesado el pasear á un niño de noche que de día, y es siempre peligroso exponerse al frío que se experimenta al salir de la cama. Lo repito, esto es inútil, á no ser que el niño esté enfermo.

Está muy lejos de ser indiferente el modo de acostar á los niños. En un principio, al nacer, tienen en las fáuces una cantidad de aguas mucosas que deben arrojar; más tarde arrojan á menudo y muy fácilmente el excedente de los alimentos que pueden tener en el estómago: por lo tanto, es necesario echarles de lado; entonces lo que les llega á la boca sale con facilidad: si estuvieran echados de espaldas, aquellas materias permanecerían en la garganta, dificultarían la respiración, y hasta podrían causarle convulsiones, ó bien se verían precisados á tragarlas, lo cual se debe evitar. Se tendrá cuidado en no dejarles uno de los brazos debajo del cuerpo, porque se hincharía y les causaría dolor. Es necesario volverle del otro lado de cuando en cuando; esto les descansa, es bueno para el desarrollo regular de su cuerpo, y les acostumbra á estar echados del lado izquierdo, lo cual es incómodo y á veces imposible en los adultos.

Si el niño llorara mucho, se le podrán dar algunas gotas de agua tibia con azúcar, antes de darle el pecho; pero no en demasía, porque no se les debe llenar el estómago; y si se advirtiera que tenía frío se le

debería calentar, sin consultar para esto únicamente su cara y sus manos, que deben estar casi frías, si está bueno. No sucede lo mismo con los piés, que deben estar calientes. A las seis ú ocho horas ó más, se le arrimará al pecho, y se tendrá mucha paciencia y una gran perseverancia en hacérselo tomar. He visto niños que han estado media hora y aun más sin conseguirlo; á menudo tardan otro tanto tiempo en chupar lo necesario en los primeros tiempos. Esto será bueno evitarlo, porque la madre se cansa, sobre todo si no se tiene la precaución de acostumbrarle á que mame estando ella echada. Cada dos ó tres horas se le arrimará al pecho, á no ser que duerma, porque se debe respetar su sueño. Sin embargo, será necesario despertarle cuando sea muy grande el infarto de los pechos de la madre. Mientras sea posible, desde los primeros días es bueno no esperar á que lllore para darle de mamar; esto le enseñará que no necesita llorar para manifestar sus necesidades. Cuando se despierta permanece un rato callado y espera. Este momento se debe aprovechar para darle lo único que desea, la teta.

Durante los primeros días, el niño no tiene absolutamente necesidad más que de mamar, de dormir, de que se le mude y se le lave. Ordinariamente cierra los ojos así que tiene el estómago lleno, y no los abre sino para volverle á llenar. Desde entonces se le debe poner en la cuna, luégo que estén satisfechas sus necesidades, y hasta se le debe dejar llorar en ella, á menos que la duración y la violencia de su

gritos no hagan creer que sufre ó que tiene alguna otra necesidad.

Del primer mes depende, á lo que creo, casi enteramente la costumbre que tienen los niños de estarse quietos cuando ninguna cosa les hace falta. Por lo mismo no se debe omitir cuidado alguno para hacerla contraer. Si se cede á los primeros caprichos del niño, que sin embargo no están dirigidos por su inteligencia, sino por un instinto de dominación innato en el hombre, por una especie de deseo de que se ocupen de él, se le convertirá en un tirano que hará la desgracia de los que le rodean, sin que le resulte provecho alguno. Sed firmes desde los primeros días de la existencia de vuestro hijo, tanto para su bien como para el vuestro, y no creais que por esto dejaréis de ser tiernos. Esta ternura, bien entendida, producirá hermosos frutos para siempre. Sin embargo, á veces hay niños delicados que tienen necesidad de que su madre los ponga á su lado en la cama algunos ratos: aquel calor suave basta en algunas ocasiones para acallarlos; pero es necesario no abusar de este medio, que puede tener graves inconvenientes.

Estoy oyendo ya á algunos que dirán: « ¡ Ser firme con un niño recién nacido ! ¡ estar oyendo un llanto cuya causa á veces no es conocida, sin tratar de calmarlo ! » Sí, si le acostumbráis á cogerlo en brazos así que lllore, llorará cuantas veces se despierte, porque le gustará más estar en los brazos que en la cuna. ¿ Pero por qué, dirán además, no se le ha de dar un gusto que se le puede procurar á tan poca costa ? Por-

que este goce no siempre es necesario, y perdería todo su valor satisfaciéndoselo siempre; se le haría una necesidad; el cansancio que causaría á la madre se opondría á él muy pronto, y entonees os veríais en la necesidad de imponerle una privación. Lejos de haberle hecho un bien, irritaríais su carácter por la violencia que emplearía en hacerse obedecer. Mientras que, si le acostumbrais á estar despierto en la cama, se encontrará allí tan á su placer como en cualquiera otra parte, y os ahorrareis una grande molestia y mucho tiempo. Más tarde, á medida que irá creciendo, se le darán medios de distracción que ocupen sus ratos libres; porque el desvelo es para un niño lo que el descanso es para las personas mayores; el trabajo de aquel es alimentarse y dormir. Se acostumbrará poco á poco á entretenerse solo, y esto le hará ingenioso para buscar recursos en su inteligencia que le distraigan y arreglarse por sus propios medios; en fin, se empezará á hacerle tan independiente como lo permita el estado de la sociedad en el círculo de nuestros deberes.

El primer mes es necesario cuidar de arreglar el alimento del niño. No quiero decir con esto que sea necesario fijar precisamente las horas en que debe mamar; pero creo que no se le debe dar sino cuando tenga hambre. La mayor parte de las amas, por no decir todas, dan casi continuamente y sin motivo la teta á los niños. Esta costumbre es mala bajo todos conceptos; en primer lugar, cansa á la madre, es absolutamente inútil, y además es perjudicial para el niño;

en segundo lugar, le obliga á vomitar continuamente, lo cual no solo tiene el inconveniente de ensuciar á la persona que le tiene en brazos y los de él, sino que le hace despedir un olor desagradable, y lo que es peor, fatiga su estómago. Así es que casi continuamente tienen que arrojar con convulsiones aquella superabundancia de leche. Un niño no debe mamar sino cada dos ó tres horas, y aún es necesario ir prolongando estos intervalos á medida que va creciendo, y procurar darle además de cuando en cuando un poco de papilla.

Un niño acostumbrado desde su nacimiento á no mamar sino cuando tiene realmente necesidad de hacerlo, no se entretiene en jugar con el pecho de la madre cuando ésta se le presenta. La recibe con alegría y reconocimiento, mama con avidez y sin interrupción, porque necesita de aquel alimento. Cuando está satisfecho, se duerme ó se entretiene más fácilmente que si hubiese contraído la costumbre de mamar según su capricho. La madre tiene entonces algunos momentos libres para entregarse al descanso, tan necesario para su salud, ó bien para arreglar sus cosas, y su leche tiene tiempo de adquirir todas las cualidades necesarias. El momento de dar de mamar es entonces tan agradable y tan útil para ella como para su hijo; porque ella siente la necesidad de desembarazarse de la abundante provisión que para él ha hecho. Lo hace con menos dolor y con menos probabilidades de experimentar mal alguno; como la leche sale con abundancia, el niño no mortifica tan-

to el pecho, no lo aprieta con las encías, y la madre puede sustraerle pronto á la influencia del aire muchas veces perjudicial. En fin, esta circunspección empieza á hacer comprender al niño que el medio más seguro de saborear el placer que se encuentra en satisfacer las primeras necesidades de la naturaleza es el de no buscarlas sino cuando se han hecho necesarias.

No creais que estas preciosas lecciones sean inútiles á la edad en que pretendo que se empieza á darles. Los principios que tenemos que inculcar á nuestros hijos deben en cierto modo hacer parte de su naturaleza, por lo tanto, el mejor medio de alcanzar este fin es el buscar estas lecciones en las necesidades mismas y ponerlas en práctica desde la cuna.

A la edad de quince días ó tres semanas, si la estación es favorable, ó un poco más tarde si no lo es, se debe pensar en bañar al niño. Esta costumbre empieza á extenderse en la actualidad entre las clases acomodadas. Los baños, usados desde la más remota antigüedad, y en el día bastante extendidos en Francia é Inglaterra, son uno de los más poderosos auxiliares que se puedan dar á la naturaleza, como uno de los mejores preservativos y de los más eficaces remedios para la mayor parte de las enfermedades de los niños, porque casi todas ellas son producidas por un exceso de vida, y por consiguiente de naturaleza inflamatoria. Los baños, lejos de debilitar, como generalmente se cree, fortifican y ayundan al desarrollo dilatando los músculos y la piel. El baño ofrece á

los niños una grande diversión, porque casi siempre están alegres dentro del agua. Es bueno hacer uso de un termómetro para determinar el calor, que con la mano se juzga de un modo inexacto. Se pondrá el agua á 24 ó 26 grados del termómetro de R., y se irá rebajando el calor, mientras no se enfrie ó se constipe el niño, hasta los 20 grados.

Se empezará por bañarle hasta el ombligo: para los primeros días bastará un lebrillo grande; después se le reemplazará con una pequeña bañera. Los primeros días sólo se les dejará en el agua por algunos minutos, y poco á poco se irá aumentando la duración del baño y elevando la altura del agua. No es necesario bañarle todos los días, á no ser que lo exijan sus dolencias; esto no es decir que yo crea que le pueda ser perjudicial, sino que el baño diario exige muchos cuidados y trabajo, y no es indispensable. Cuando el niño es muy chico se le debe tener en el baño cogiéndole por los brazos; más tarde se le puede pasar un pañal doblado por debajo de los sobacos y sostenerle de este modo; jamás se le debe dejar solo, porque sería fácil que se hundiera en el agua y que se asfixiara. Mientras esté el niño en el baño debe tener puesta su almillita, que después debería ser de franela, porque la lana es la materia que menos se enfria después que está mojada, y no se adhiere á la piel, por esta razón es muy fácil de quitar. También será bueno que se le ponga un gorrito de la misma clase.

Cuando un niño tiene ya costumbre de bañarse, se le puede dejar una hora y aún más en el baño, sobre

todo en los días calurosos; pero entonces es necesario mantener el calor del baño añadiéndole de cuando en cuando agua caliente, que se debe echar con mucha precaución. Los niños encuentran ordinariamente un gran placer en agitarse en el agua, la sacuden con las manos y la echan por todas partes, por lo mismo se les debe bañar en un cuarto donde nada puedan echar á perder. En el caso contrario, se pondrá un pedazo grande de hule al rededor de la bañera antes que privarles de sus juegos, que no obstante deben moderarse, porque es necesario que aprendan cuanto antes que la sociedad les impondría toda la vida una especie de sujeción absolutamente necesaria para mantener el orden y las buenas costumbres.

Quando el niño tenga catorce ó diez y seis días, se puede ya empezar á sacarle á la calle si la estación es buena, pero en invierno se debe esperar un poco más; no obstante, tampoco sería bueno que por temor del frío se le dejara mucho tiempo sin respirar el aire libre, que le es absolutamente necesario. Ya que los niños nacen lo mismo en invierno que en verano, sin duda podrán soportar los rigores de la estación; pero se les debe envolver según la temperatura, dejando siempre que les dé el aire en la cara. Si hace frío, se elegirá un día bueno y la hora del mediodía para las primeras veces; luégo será necesario acostumbrarles poco á poco á soportar lo mismo el frío que el calor: será prudente no exponerles al rocío por las tardes, mientras sean de pocos días.

La persona encargada de llevarle se pondrá enci-

ma del brazo la almohada de la cuna para que el niño descanse mejor. Los niños duermen casi siempre mientras están fuera de casa, y de este modo están muchísimo mejor. Si hace frío, la almohada le preservará, y si hace calor, impedirá que le moleste el calor de la persona que le lleve. Un niño debe salir todos los días, á no ser que haya un impedimento absoluto que se oponga á ello.

Cuando un niño tenga seis semanas, es necesario hacerle vacunar. Cuanto antes se haga esta operación, tanto menos le fatigará; en todos los casos, á lo más podrá causar un ligero acceso de calentura que dura veinticuatro horas: esta consideración no deberá detenernos jamás. Si es una niña se la deberá vacunar en la parte superior del brazo, todo lo más alto posible, y haciendo la incisión atravesada para que no se vea la cicatriz cuando sea mayor y lleve vestidos de manga corta; aunque esta señal fuese ligera, interrumpiría la perfecta regularidad de la piel, que es una de sus bellezas. Basta con que se hagan tres punturas en cada brazo. Si no la vacuna un médico, es necesario advertir á la persona que se encargue de la operación que introduzca el virus únicamente debajo del epidermis; porque, si se profundiza más, sale una gotita de sangre que puede arrastrar consigo al virus, y entonces la vacuna es menos cierta.

No se debe temer al vacunar á un niño, el comunicarle las enfermedades que padezca el individuo que suministra el virus, á no ser que este individuo esté atacado de alguna enfermedad contagiosa que su

aproximación ó el contacto con la persona que vacuna pueda comunicar. El virus no lleva consigo más que su acción; sin embargo, como la vacuna tomada de un brazo gordo y blanco inspira más confianza, se elegirá, en lo posible, un niño robusto y bonito. Pero, lo repito, no se debe abrigar ninguna especie de temor. Más inconveniente habría en retardar la vacunación que en tomar el virus de un niño endeble.

Me detendría mucho más en probar la utilidad de la vacuna si esta utilidad no fuera ya una cosa evidente para todo el mundo.

Cuando se empieza á hacer comer á un niño, se le acostumbra á dar papilla espesa ó mal cocida. Yo creo que este es el peor alimento que se puede elegir para unos estómagos cuyas facultades digestivas apenas están desarrolladas y no son propias más que para elaborar alimentos líquidos. Esta masa sin levadura, que no puede ser preparada por la masticación, llega al estómago y pasa casi sin ser digerida, produciendo á veces estragos que se manifiestan por medio de convulsiones. Este alimento se emplea porque es fácil de preparar y porque desde tiempo inmemorial se le ha visto hacer de este modo. Yo creo que se debería proscribir enteramente este alimento, ó al menos se debería poner mucho cuidado en prepararlo bien; en vez de usar la harina cruda se deberá usar tostada para hacerla más fácil de digerir, ó emplear miga de pan también tostada en el horno y reducida á polvo fino. Pero como la harina al secarse forma grumos, es necesario, antes de emplearla, pasarla por

un tamiz ó colador fino. La papilla debe ser clara para que el niño pueda beberla con facilidad. Se la puede añadir un poco de azúcar, ó sal y manteca de vacas. Más tarde se podrá dar al niño un poco de caldo claro en el que se pondrá fécula de patatas, pastas ó arroz muy cocido.

Algunas personas caen en un exceso opuesto; al grosero alimento que desearía desterrar, le sustituyen con una sopa hecha con bizcochos ú otras preparaciones por el estilo, sazoadas con mucho azúcar y aun con agua de flor de naranjo. Estas sopas no convienen de ningún modo, porque calientan el estómago de los niños; este miramiento en los alimentos es inútil, su paladar todavía nuevo encuentra gusto á todo lo que se le dá. El niño será siempre capaz de saborear las cosas buenas; evitemos mientras podamos el acostumbrarle á ellas, á fin de reservarle goces que le arrebataría la sociedad. Pongamos todos nuestros cuidados en conservarle placeres en las cosas más insignificantes de la vida; si consigue encontrarlos en ellas, habremos hecho de él un hombre feliz.

Como se observa generalmente una regularidad en las comidas durante toda la vida, aunque en la naturaleza no suceda así, conviene acostumbrar á ella á los niños desde la cuna: esto contribuirá á la perfección de la digestión. Después de haber dado sopa al niño, se le debe dar un poco de agua azucarada. Sería preciso que una mujer tuviera muy poca leche para que no bastara para el niño con estos auxilios, que no le dañarán de ningún modo. Cuando una

mujer tiene mucha leche, puede alimentar al niño hasta los cuatro ó seis meses; y aun más, sin darle otra ninguna clase de alimento. Pero creo más prudente acostumbrar cuanto antes al niño á comer; puede sobrevenir un accidente que prive de pronto á la madre de una parte de su leche, y entonces saldría perjudicado el niño por el cambio de alimento. Por lo mismo será bueno que hácia los dos ó tres meses se empiece á hacerle comer una vez al día, luégo dos, y observar la manera de alimentarle que he indicado más arriba. Cuando el niño no hace más que mamar, se le debe dar de tiempo en tiempo un poco de agua azucarada, particularmente si hace calor: muchas veces tiene sed. A los dos ó tres meses se le puede dejar de dar la teta de noche. Una madre cuidadosa lo conseguirá fácilmente sin que él se aperciba de ello, retrasando gradualmente las horas en que estaba acostumbrado á mamar. Sin embargo, es probable que tenga que resignarse á oírle llorar; pero es necesario que tenga valor de no hacer cesar su llanto dándole el pecho, porque de hacerlo no conseguiría su objeto. Si llorara demasiado, se le podrá dar un poco de agua azucarada, que tal vez no tomará, según su capricho; pero el cansancio, el fastidio, la inutilidad de sus gritos y la necesidad de descanso le harán callar y le procurarán el sueño. Si la madre sabe tener firmeza, á las cuatro noches el niño ya no se acordará del pecho; pero no todas las madres tienen la perseverancia y la paciencia necesarias para obtener estos resultados. Una madre debe hacer cuanto esté

de su parte para no separarse jamás de su hijo, sobre todo cuando él debe sufrir; pero, en fin, si no se siente con valor para oír sus gritos, será necesario que tome una resolución decisiva y se separe de él por algunas noches. Algunas veces el cambio de habitación, la privación de la vista y de las caricias de su madre hacen olvidar al niño lo que se quiere que olvide; pero muchas veces pasa varias noches llorando la doble privación que se le impone, y se cansa de aquel estado de agitación y de tristeza. Esto á la verdad dura poco, y el bien que resulta tanto para la madre como para el niño de que éste deje de mamar de noche, les recompensa muy pronto. Un niño de dos ó tres meses puede mamar á las diez de la noche y esperar hasta las cinco de la mañana. Más tarde, si está bueno, él mismo retardará esta última hora, porque no se despertará.

Cuando se ha conseguido destetar de noche á un niño, la abundante provisión de excelente leche, bien elaborada, que encontrará por la mañana, será para él la mejor comida del día; y la madre, habiendo gozado del descanso necesario, se hallará en mejor disposición de llenar sus deberes perfectamente de ama.

Durante la dentición, el sueño de los niños está turbado á menudo por el dolor ó la inquietud nerviosa que experimentan, y, á pesar de haber sido enteramente destetados de noche, manifiestan deseos de mamar. Es necesario no dejarse llevar por la esperanza de verlos reconciliar el sueño dándoles teta; si

se llegara á hacer esto una sola vez, sería preciso ceder otra, y de este modo se perdería el fruto de un destete, aun después que el niño hubiese dejado de sufrir. Pero, como en estas crisis el niño tiene la boca seca y caliente, es necesario darle agua azucarada; si se sabe hacer con discernimiento, no se acostumbra á ello y preferirá su sueño á algunas gotas de agua.

En general los niños empiezan á estar incomodados por el germen de los dientes á los cuatro ó cinco meses; los primeros se presentan de los seis á los nueve. No obstante hay niños á quienes no les aparecen hasta los catorce meses y aun más tarde; para esto no hay regla fija. Los dos incisivos de abajo son ordinariamente los primeros que salen, luégo los dos correspondientes de arriba: después los otros dos incisivos de abajo, seguidos muy pronto por los de arriba. Esta primera distinción no precede inmediatamente á los otros dientes; regularmente hay un intervalo de descanso. Luégo vienen los cuatro pequeños molares, después los cuatro caninos, y la dentición se termina con la aparición de las cuatro muelas grandes. Pero este orden á veces queda invertido.

La dentición es comunmente una crisis penosa para un niño, como todas las que debe experimentar. Parece que la naturaleza quiere probar sus fuerzas y acostumbrarle al dolor antes de entregarle al trabajo necesario á su existencia.

A muchos niños les salen los dientes sin accidente alguno, pero no hay uno solo á quien le salgan sin

dolor. Algunos tienen que soportar verdaderas enfermedades y crueles sufrimientos. La irritación que se establece en las encías por el trabajo dentario reacciona á veces sobre sus órganos del modo más incómodo y causa enfermedades de la piel y del encéfalo, y desarreglos del estómago muy graves. No siempre se presta á estos desórdenes toda la atención que reclaman; todos se acostumbran á tranquilizar diciéndose: « Esto es de los dientes. » Es verdad, si el diente atraviesa la encía y se termina la crisis que ha promovido, desaparece el principio del mal, y se puede esperar que la naturaleza, siempre reparadora, hará desaparecer también los efectos; pero el diente puede tardar mucho en salir, y el mal, de que es la causa primitiva, puede llegar á ser tal, que tenga al pobre niño en un estado de sufrimiento y de enfermedad muy prolongado. Creo, por lo tanto, que es necesario combatir la indisposición causada por la salida de los dientes con tanto cuidado como si fuera debida á otra causa.

Hay niños que, durante la dentición, caen en un estado de languidez y de sufrimiento sin carácter señalado; entonces experimentan una especie de fiebre lenta que les devora sin que parezca que están enfermos; se ponen pálidos, flacos, tristes y pierden el apetito. Este estado es alarmante, porque el más ligero accidente puede hacerle peligroso. Para esto no hay más remedio que el tiempo y un régimen bien entendido; para arreglar este régimen es necesario llamar al médico. Si se habita en una ciudad se le

debe trasladar al campo, y si no es posible sacar al niño muy á menudo á paseo, al menos se ha de procurar distraerle todo lo posible.

En este estado de cosas, es tan difícil la educación moral como la educación física. Si para evitar llantos y gritos se cede á las exigencias del niño, se aumentan de tal modo que no llega á ser posible el satisfacerlas, y se crece la dificultad en que se estaba antes. Por lo tanto, es necesario prever en lo posible aquello que después se tendría que conceder para que no parezca que se cede á un capricho. El triste y doloroso estado en que se encuentra el pobre niño hace nacer mil antojos de los que no se acordaría si estuviera bueno. Se debe procurar distraerle por todos los medios posibles del objeto de sus deseos, haciéndosele olvidar llamando su atención á otra cosa que se le pueda conceder sin inconveniente, no manifestarle enfado por sus rabietas, y acariciarle mucho cuando vuelva á ponerse de buen humor y parezca dispuesto á jugar.

Algunas veces es necesario recurrir al médico para que abra con una lanceta la encía que el diente no puede romper; pero esta operación se debe retardar todo lo que se pueda. Se debe rechazar absolutamente aquella costumbre que tienen algunas nodrizas y también algunas madres de desgarrar las encías con la uña; es muy doloroso para el niño, y no se consigue el resultado que se desea.

Es muy difícil el calcular el momento en que va á asomar un diente, ni aun el trabajo aparente sigue

una marcha regular. La encía en un principio adquiere un color rojo subido, luégo se pone más gruesa: á medida que va adelantando el trabajo se va poniendo blanca, y se pone brillante en la parte superior, y en fin, cuando el diente está para salir, se ve, en el mismo sitio por donde tiene que asomar la punta, una mancha negruzca. Cuando está en este estado, para asegurarse de si se halla agujereada, lo cual se ve con dificultad, se toca la encía con el mango de una cuchara de plata y el ruido que resulta del contacto anuncia si ha salido el diente.

Así que el niño llega á tener alguna fuerza en las piernas, es necesario hacer que pruebe si puede hacer uso de ellas sosteniéndole. Es un error el creer que los niños se vuelven patiestevados si se les pone en el suelo desde muy jóvenes; si se hace de un modo conveniente, esto no tiene lugar. Pero es muy cierto que el uso de los carros en que se les deja á veces para desembarazarse de ellos, puede ofrecer este inconveniente; además puede hacerles daño en el pecho, en el estómago y hasta deformarles el cuerpo. Sin embargo, cuando el niño puede ya sostenerse sin trabajo no será malo usarlos; pero no se les debe dejar mucho tiempo, porque si es verdad que les gusta de pronto, lo es también que se cansan luégo. Un niño que haya sido acostumbrado á andar á gatas, ó que se le haga andar sosteniéndole por los brazos sin andadores, adquiere más fuerza y experiencia que aquel á quien no le dejan tocar el suelo; no tiene necesidad de ningún auxilio para andar solo.

A los seis ó siete meses un niño sano puede ya sostenerse y tiene un gran placer en andar; pero si por aquel tiempo se adopta el uso de los andadores con la esperanza de apresurar sus progresos y desembarazarse del trabajo de tenerle siempre en brazos, sucede lo contrario de lo que se desea; se retrasa el momento de poder andar solo. El niño sostenido por los andadores no hace esfuerzo alguno para buscar el equilibrio, lo cual le impide mucho más el aprender á andar que la falta de fuerza; por otra parte, la persona encargada de sostenerle con los andadores, teniendo un medio tan cómodo de evitar que se caiga, no se tomará el trabajo de enseñarle á andar. ¡ Cuántas veces no he visto á una nodriza ó á una niñera, teniendo el brazo metido por los andadores del niño confiado á sus cuidados, ocuparse de todo menos de él, mientras que el pobre niño, colgado de los andadores, entregado á sí mismo, se dejaba llevar, sin poner los piés á plomo, y lloraba ó se chupaba los puños para emplear el tiempo !

Vamos á decir cuatro palabras sobre las caídas de los niños, que causan tantos sustos á sus madres y que sin embargo son tan poco peligrosas. Para formarse una idea de ellas, basta ponerse en cuclillas y dejarse caer, y se verá que apenas se siente la caída; un niño no es más alto que lo es uno entonces, y tiene además una flexibilidad extremada en los miembros que amortigua el golpe, y su peso poco considerable disminuye también el peligro del choque. La mayor parte de las veces, si el niño llora, es de miedo, y

sobre todo del que le causan con el espanto que se manifiesta al verle caer. Sería necesario tener bastante firmeza para no conmoverse al ver caer á un niño, entonces él se levantaría la mayor parte de las veces sin quejarse, ó, si realmente hubiese experimentado algún dolor, no lloraría sino por el mal que se hubiese hecho. Los golpes que reciben en la cabeza horro- rizan al que lo vé, pero raras veces son peligrosos: no obstante si la caída fuere grave y se tuviera que temer un resentimiento interior, será necesario meter las piernas del niño en agua tan caliente como la pueda aguantar, dejándolas sumerjidas en ella por espacio de ocho á diez minutos, y renovar este baño algunas horas después, teniendo cuidado, sin embargo, de no dárselo hasta después de un buen rato que haya comido. Si después de la caída sobreviniese un desmayo, un sopor, una extremada agitación, será necesario llamar al médico, porque tal vez se le haya de aplicar sanguijuelas ó hacer una sangría.

A medida que la cabeza se le va poblando ya de pelo se le dejará descubierta. Cuando el niño tenga de ocho á diez meses, estando en verano, le bastará el gorrito más ligero si no tiene pelo, y por poco que tenga podrá pasar sin él. Sería muy bueno que al llegar á tener un año pudiera estar acostumbrado á no llevar nada en la cabeza. Estando en invierno se le podría dejar todavía un gorrito ligero, pero el año siguiente nada. Los niños á quienes se acostumbra á tener la cabeza cubierta se resfrían con la mayor facilidad, porque regularmente tienen demasiado calor.

La naturaleza indica que la cabeza debe estar descubierta, puesto que ha colocado en ella el pelo, y esto es todavía más conveniente en los niños, cuya sangre se dirige fácilmente al cerebro.

Se debe conservar á los niños de poca edad la costumbre de dormir de día; dos ó tres horas de sueño les producen un bien indecible y dan un poco de huelga á las personas encargadas de ellos. No se debe temer que esto les perjudique para dormir bien de noche: la sola razón que impide á los niños que duerman, es la agitación; uno de los calmantes más seguros es el dormir de día. Antes de acostarles se les puede dar algo de comer; esto será un principio de preparación para el destete. Los niños que tienen necesidad de mamar para dormirse son más difíciles de destetar.

No se puede fijar la época del destete, porque depende de muchas circunstancias, entre las cuales figura la dentición en primer lugar. Yo creo que no se debe destetar á ningún niño antes de que esté provisto de los dientes que salen con más dificultad, como los colmillos. Con todo, hay niños que son tan tardíos, que sería difícil esperar aquella época; entonces se elegirá un periodo de descanso. En general creo que el momento más á propósito es la edad de doce á quince meses; entonces los niños andan ya por lo regular, tienen fuerza, comen bien y pueden distraerse. En Inglaterra también y en algunos puntos de España, destetan á los niños á los seis ó siete me-

ses; esto me parece contra el orden natural, y no puede merecer jamás mi aprobación. En otros puntos como en Francia, en el Poitou, las campesinas dan de mamar á sus hijos hasta que tienen dos y aún tres años; esto en mi concepto, á más de ser inútil para el niño, es perjudicial para la madre.

No se debe operar el destete de un modo brusco, sino hacerlo poco á poco; se van retardando las horas en que el niño debe mamar y se aumenta el número de las otras comidas: cuando se ha conseguido que no mame más que tres veces en las veinticuatro horas, se dejan pasar de este modo unos quince días; luego se suprime la vez del medio día y se dejan pasar otros quince días; al fin no se le dá más que una vez en todo el día también durante los mismos días ó menos; por fin, se dejan pasar dos días sin darle de mamar y se le dá por última vez. Un niño destetado de este modo no sufrirá nada, y la madre no se verá molestada por la leche: si tuviese demasiada, le bastará disminuir sus comidas durante los dos ó tres días que precedan y sigan á aquel en que dará el pecho una vez menos; los órganos que segregan la leche perderán poco á poco su actividad por la inacción; la naturaleza se dispondrá á restablecer cierto equilibrio en la salud de las mujeres, interrumpido ordinariamente por la lactancia, y conseguirán el destete sin la menor incomodidad. Además, se atribuyen á la leche muchos accidentes que no la pertenecen; es la cosa más absurda el decir que se extiende la leche por el cuerpo, que la hay en la cabeza, en los brazos,

en el pecho, en las piernas, etc.: la leche solo está en los pechos.

Si no se sigue esta marcha y se desteta á un niño de pronto, la madre puede verse expuesta á sufrir infartos en los pechos, poco más ó menos iguales á los de la fiebre láctea. El cambio repentino de alimento causa en un principio alguna privación al niño; luégo su estómago, dejando de recibir los alimentos á que estaba acostumbrado, se ve precisado á operar un trabajo diferente que le fatiga, y, como no es posible efectuar este destete sin separar al niño de su madre, sufre tanto á consecuencia de esta separación como de la privación de la leche.

Hay niños que son ávidos por la leche, y á quienes es muy difícil destetar. Parece que un instinto natural les impele á sentir la necesidad de ella: en este caso es necesario prolongar la lactancia. Durante el invierno y cuando el frío es rigoroso ó el tiempo no permite salir, vale más esperar que la estación sea más favorable. En cuanto á los niños que han sido alimentados sin regla, y han contraído la costumbre de mamar á cada instante, el destete es muy penoso y no deja de tener sus peligros. Este abuso puede producir resultados desagradables: para evitarlos bastará el seguir con discernimiento, en la lactancia, el orden y la irregularidad que acabo de indicar.

Muchos niños contraen desde la cuna unos hábitos que son después muy difíciles de destruir, el de chuparse un dedo, por ejemplo; de chuparse un pedazo de tela ó su lengua; de torcer el primer mechón

de pelo que les sale en la frente. Se debe poner el mayor cuidado en quitarles estas costumbres; la succión particularmente cansa mucho á los niños y les enerva por el exceso de salivación que provoca. Estas costumbres les vuelven recelosos y tristes, por la preocupación que les causan. Otros niños adquieren el hábito, ó por mejor decir, la manía de morder, primero el pecho de su madre, luégo las manos ó las mejillas de otros niños á quienes parece que quieren acariciar. Es preciso no titubear en usar con ellos la pena del tali6n y morderles casi con tanta fuerza como ellos han mordido. Otros anuncian una gran disposici6n á pegar; pero aunque esto en un principio no es más que una especie de manía, se convierte en un defecto grave que después puede dar lugar á las peores consecuencias, y que no debe ser considerado como las otras manías de que he hablado antes: es necesario reformar algunos defectos que, aunque no lo parece, tienen ya los niños de pecho; jamás será temprano para tratar de combatirlos, y no estará demás corregirlos, porque cuando llegan á echar raíces es casi imposible extirparlos. «Según creo, dijo Plutarco, nuestros vicios más grandes los adquirimos en la más tierna infancia, y nuestro principal gobierno está en manos de la persona que nos cría.—La educación de los primeros años es el molde que prepara y forma al hombre; esta primera forma interesa á la sociedad entera y á cada familia en particular.»

En un principio se acostumbra á tomar como una gracia el que un niño pegue á su niñera ó á su madre;

pero luégo, animado por esta tolerancia, se cree con derecho para pegar á todo el mundo, y por fin se vale de este medio para manifestar su voluntad. ¡ Cuántas escenas desagradables proceden de este modo fatal de hacerse obedecer! Si lo aguantais, haceis de vuestro niño un déspota para todos los que después estarán bajo su dominio. No se crea que un niño se engañe respecto al poder de sus golpes; sabe muy bien que no es el mal que causa lo que hace ceder á su voluntad á la persona á quien pega; pero conoce el poder moral que posee al ver que se toleran aquellas señales tan débiles de su fuerza. Se desarrolla el gérmen innato de la dominación, se va haciendo indestructible, y más tarde el hombre usa de su fuerza física con la misma facilidad, pero no con la misma incapacidad que cuando era niño. Entonces deseais contener aquel espíritu dominador y hostil, pero no hareis más que cubrir un volcán con cenizas que no dejarán de ser arrojadas con ímpetu así que dejeis de contenerlas. Terminaré estas consideraciones diciendo que el niño que da golpes á los otros debe ser golpeado á su vez, y que es necesario arrancar esta costumbre desde el momento en que se presenta.

Los niños desde sus primeros días manifiestan señales de cólera, y á veces con tanta violencia que les causa congestiones cerebrales y convulsiones. En el momento en que se conozca que á un niño le va á dar un acceso de cólera, es necesario conservar la calma más perfecta y burlarse de él; si amenaza y quiere pegar, cogerle las manos con fuerza para ha-

cerle comprender su impotencia; si todavía no puede andar solo, sentarle en el suelo encima de una manta y dejarle rodar por ella á sus anchas; en fin, si la cólera no cede, se toma un poco de agua fría y se le echa en la cara: algunas gotas bastan á menudo para volverle la calma y hacer que nazca en él la vergüenza del estado en que se halla. No os dejéis llevar de ningún modo por la misma violencia que él, entonces le daríais el ejemplo del defecto que quereis corregir; si no podeis dominaros, exagerad el estado en que os encontrais; hacedle ver toda su fealdad; coged sus juguetes, rompedlos, y como las consecuencias de su arrebató recaerán sobre él, le enseñarán todo lo que tiene de penoso y odioso.

Otros niños se enfurruñan y se niegan hasta á hacer las cosas que les son más agradables, antes que ceder á su rabieta. En este caso el solo partido que en mi concepto hay que tomar es el de abandonarlos enteramente, de no volver á mentar el motivo que les ha determinado á enfadarse; de no volverse á ocupar de ellos, de persuadirles que se puede pasar sin ellos, que no hacen ninguna falta, y que ellos serán los únicos que sufrirán alejándose y negándose á las caricias. Debemos guardarnos muy bien de adelantarnos directa ni indirectamente á manifestar deseos de acariciarles; lo que los niños desean más particularmente, es que se les ruege y que se ocupen de ellos. Pero cuando vayan á buscaros, debéis acogerlos con sencillez y bondad, sin hacerles sentir que se han visto obligados á capitular; porque, para volver, necesitan

hacer un gran sacrificio de amor propio, y se debe evitar el apagar en ellos este poderoso móvil; tiene su parte buena cuando se inclina al deseo de hacer bien, de hacerse apreciar, de ser agradable á los que nos rodean; pero si este sentimiento está dirigido, como sucede muchas veces, particularmente en los establecimientos públicos destinados á la educación, hácia el solo deseo de aventajar á los demás, lo cual hace de ellos más tarde otros tantos ambiciosos y presuntuosos, el amor propio se convierte entonces en un grave defecto. Por el contrario, si está bien dirigido, según he dicho, puede producir los más felices resultados y conviene á la dignidad del hombre.

Hay niños que emplean las caricias ó una especie de zalamería ó lisonjas, para obtener lo que desean. No se puede negar: casi todos los defectos que se manifiestan en los niños tienen su origen en una facultad indispensable al hombre y sin la cual son nulas las demás: esta facultad es la voluntad. El abuso de su aplicación da origen á la mayor parte de los defectos que se manifiestan desde la cuna. Por lo tanto, debemos procurar contenerla en el círculo de la razón y de los deberes, sin reducir al niño á la baja-za. Para esto es indispensable que el niño no sienta nunca más que el yugo de la razón ó de la necesidad, y no el de la voluntad arbitraria de los que le dirigen, lo cual es muy dificultoso para éstos. ¿En medio de este dédalo de combinaciones sociales, se encuentra la senda natural y razonable que se debe seguir?.....

Cuando los niños emplean las caricias para conseguir lo que desean, es mucho más difícil defenderse de este imperio que de la violencia. Sin embargo, no se debe descuidar: los aduladores son más comunes todavía que los imperiosos, y son más de temer, porque regularmente les acompaña la perfidia. Se deberá corresponder á las caricias del niño, devolvérselas con efusión, pero persistir en la negativa, si estas caricias tienen por objeto obtener una cosa que se les ha rehusado ya, no dejándoles nunca entrever que se ha comprendido su ardid; porque no debe creer que se atribuyen á otra cosa más que á la verdad los sentimientos de su corazón y las caricias que prodiga.

No debo omitir aquí el tocar la cuestión del miedo; los niños no le conocen jamás sino por los malos ejemplos, ó porque les hacen nacer la idea de él; por lo mismo se debe evitar todo lo que pueda producir este resultado. Los niños tienen mucho miedo á la oscuridad. Es necesario hacer de modo que no les nazca la idea de asustarse de ella; se les debe llevar á los sitios más oscuros, enseñarles á andar por ellos sin temor y sin titubear, y con solo las precauciones necesarias; conservar mientras se esté en ellos la misma alegría; continuar el asunto de que se estaba hablando y hacer como que no hay diferencia alguna entre la luz y la oscuridad, sería bueno además que los niños no supieran siquiera lo que es la palabra miedo, y que no se pronunciara jamás delante de ellos. No se tema que se vuelvan temerarios, la ausencia del miedo no excluye la prudencia; por el con-

trario, un niño que no sea miedoso verá mejor el peligro, puesto que conservará su calma, y el instinto de conservación innato en el hombre, le enseñará bastante el modo de librarse de los verdaderos peligros. Cuando un objeto cualquiera espante á un niño, es necesario acercarle á él, tocar aquel objeto y hacersele tocar. Si es un animal, acariciarle; si es un ruido violento, un trueno, por ejemplo, manifestar que no estamos conmovidos y hablar de él como de una cosa natural á que es necesario acostumbrarse.

Creo que no se debe dejar hablar á los niños un lenguaje diferente del que deben hablar sienpre, como se acostumbra á hacer, ya sea con la esperanza de adelantar el momento en que deben hablar, ya porque se encuentra una especie de gracia en oír que dicen mal las cosas. Pueden adquirir vicios de pronunciación que serán después muy difíciles de corregir. Cuando se sirvan de palabras inventadas por ellos, no procuran ya decir otras; creen que es inútil el aprender dos lenguajes: por lo tanto, lejos de apresurar, se retardará mucho el momento de oírles hablar con soltura; y lo que al principio parecía una gracia en su boca, es muy desagradable después cuando son mayores. Este lenguaje lejos de tener gracia, es pesado y ridículo, porque no es natural. Nunca se hará lo bastante para enseñar á un niño á hablar correctamente y con soltura.

Ahora me quedan por decir cuatro palabras sobre las nodrizas. El mejor medio de reemplazar la lactancia materna es sin contradicción lo que se llama

tomar una ama. Esto tiene sus ventâjas y sus inconvenientes. Lo primero es encontrar una ama sana y robusta, luégo elegirla amable, limpia y dócil.

Desde los primeros momentos es necesario acostumarla á arreglarse según las sanas indicaciones que se la den y no según sus costumbres y preocupaciones; al propio tiempo es preciso tratarla con amabilidad, hablarla con bondad y sobre todo no manifestar impaciencia y fastidio cuando haga mal alguna cosa ó por su ignorancia. Se la debe tener al lado todo lo posible, sin introducirla no obstante en la intimidad de la familia. Esta posición es incómoda, pero es una consecuencia inevitable de esta clase de lactancia. Se debe procurar por todos los medios posibles que no se fastidie y desee su domicilio. Con las distracciones no se conseguiría este objeto y tal vez la distraerían de sus deberes. El mejor medio es hacerla trabajar, porque el ejercicio le es más útil que un perfecto descanso. Lejos de dejarla servir por los criados, será bueno que después que haya concluido los quehaceres que le da el niño, les ayude en el servicio. Que su voluntad no prevalga jamás á la de la madre; que no salga jamás sola, si es posible, y que sea constantemente vigilada. Una madre no debe confiar enteramente á una extraña, los cuidados que reclama su hijo; si no mama su leche, tiene necesidad de su vigilancia, de su ternura y de su protección.

Es muy malo el llenar de regalos á una ama durante la lactancia. Se excita su codicia, y es de temer

que sus cuidados no sean proporcionados á los presentes que espera, y que cree se le deben. Los deseos inútiles, cuando están satisfechos, hacen nacer otros; la exigencia y la avidez se aumentan, y muchas veces á medida que disminuye el celo.

Es conveniente que el ama duerma en el mismo cuarto que la madre, ó al menos en una pieza bastante inmediata para que se la pueda vigilar continuamente. Se la debe prohibir enteramente que acueste al niño con ella. Si infringiera esta prohibición, la madre debe acostar al niño en su cuarto y obligar al ama á levantarse de noche para prestarle sus cuidados; pronto se cansará de estas consecuencias y no se expondrá más á ellas.

Tambièn se debe vigilar la clase de alimentos que toma el ama. Las mujeres del campo no están acostumbradas al régimen más sustancioso de las personas de las ciudades. Como la mejor calidad de los alimentos excita su apetito, comen á veces desmedidamente y su salud no tarda en alterarse. En general, las amas que van á criar á las ciudades engordan ó enflaquecen rápidamente; uno y otro caso son indicios de la alteración de la leche. El medio de prevenir este inconveniente es el separarlas lo menos posible de su modo de vivir acostumbrado, de su régimen y de sus labores ordinarias.

Los presentes y las recompensas se deben reservar para el fin de la lactancia. Las liberalidades son provechosas para las amas en el momento en que tienen que volver á reunirse á sus familias; antes no tienen

necesidad de ellas. Después de esta época se debe continuar en buenas relaciones con ella; un niño cuando llega á ser hombre no debe olvidar á aquella que le ha dado de mamar. La misma madre, lejos de estar celosa de este amor, debe añadirle su propio reconocimiento y alentar con su ejemplo este sentimiento laudable y bien merecido.

Los principios que acabo de exponer son de mucha importancia, y deben servir de base á los que más tarde completan la educación de los niños. Para no faltar jamás á ellos, sería necesario ser justo, razonable y dueño de sí constantemente. ¿Dónde se encontrarán reunidas estas virtudes? Tratemos por lo tanto de hacer todo lo posible para acercarnos á ellas; que su estudio constituya el objeto habitual de nuestras reflexiones, porque la tarea de educar á los hombres es evidentemente la más hermosa, la más noble y la más útil; pero la más difícil de todas!

FIN DE LA ECONOMIA DOMESTICA Y DE LOS
CUIDADOS QUE DEBEN CONSAGRARSE A LA INFANCIA.

